

REVISTA PARA LA MUJER



ESPAÑA

NOVIEMBRE 1938

PRECIO
DOS PTS

PAPELERA SAN JOSÉ

SOCIEDAD ANÓNIMA



FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

BELAUNZA-TOLOSA

(Guipúzcoa)

TESTAMENTO
DE
JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

JEFE NACIONAL
DE
FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

PRISIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

18 de Noviembre de 1936.

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen); en la Prisión provincial de Alicante, a diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía, no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuentas sobre algunos de mis actos pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aún, después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persista en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué ante el tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiéramos sabido qué era ésto, no estaríamos aquí!" Y ciertamente no hubiéramos estado allí: ni yo ante un Tribunal Popular ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar ésto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí y no a granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice "responsable de todo" ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aun pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esta sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo que me queda por rectificar: El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fué roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes

CLAUSULAS

Primera. Deseo ser enterrado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica, Romana que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda. Instituyo herederos míos por partes iguales a mis cuatro hermanos Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido a mi hermano premuerto. Esta disposición vale aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo este testamento.

Tercera. No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurídicamente exigible, pero les ruego:

a) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

b) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años, tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiado enojo.

c) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

d) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deban.

Cuarta. Nombre albaceas, contadores y partidores de mi herencia, solidariamente, por término de tres años y con las máximas atribuciones habituales a mis entrañables amigos de toda la vida Raimundo Fernández Cuesta y Merelo y Ramón Serrano Suñer, a quienes ruego especialmente:

a) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en pe-

río de atrasado de elaboración, así como cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de pernicioso lectura que pudieran hallarse entre los míos.

b) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc., no para publicarlos – salvo que lo juzguen indispensable – sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este período de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

c) Que provean a sustituirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión y Matilla, y a cobrar algunas minutas que se me deben.

d) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento, las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de esta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen. Tachado: arras – ellos – () – entregó – No vale = Entre líneas: todos – concedió – Vale = Enmendado: ahora – Vale = José Antonio Primo de Rivera.



d) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de esta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen. Tachado: arras – ellos – () – entregó: No vale = Entre líneas: Todos – concedió Vale = Enmendado: ahora – Vale =

José Antonio Primo de Rivera

Encuéntrase en la hoja de mi testamento original.

José Antonio Primo de Rivera

Suplemento de la REVISTA «Y»

PARA CALIDAD DOMECO ♀



COÑAC



VELAZCO - GORI

INDUSTRIAS BEROA

DE

LUIS ARRUE GALDOS

FABRICA
MILITARIZADA
AL
SERVICIO
DE
ESPAÑA

ARECHAVALETA
(Guipúzcoa)

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN A LA

REVISTA "Y"

con domicilio en.....
calle..... núm.....
se suscribe por..... semestre, por..... año a la
Revista «Y», editada por la Sección Femenina de Falan-
ge Española Tradicionalista y de las JONS, a partir del
núm.....

Fecha.....

Firma,

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Por un semestre, 12 pesetas; por un año, 24 pesetas;
con derecho a recibir los números extraordinarios.

NOTA: Las suscripciones y pedidos de números pueden ha-
cerse a las Regidoras de Prensa y Propaganda de la Sección Fe-
menina, en todas las provincias.

Recórtese y remítase a la Administración de la Revista

REVISTA PARA LA MUJER



EDITADA POR LA SECCIÓN FEMENINA
DE
FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS JONS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Buen Pastor, 18 - Teléfono 14986
SAN SEBASTIAN

Nuestro próximo número

correspondiente al mes de Diciembre, publicará,
entre otros trabajos, originales de las más distingui-
das firmas dedicados a glosar los motivos de tan
señalado mes.

Nuevos colaboradores literarios y artísticos honra-
rán las páginas de "Y", que aparecerá con magní-
ficos bicolores y sus habituales secciones.

Advertimos a nuestros corresponsales administra-
tivos y vendedores que en el número anterior, ago-
tado a los pocos días de ponerse a la venta, nos fué
imposible servirles los pedidos hechos fuera de los
envíos ordinarios. Y les rogamos que en adelante
nos hagan sus encargos con anticipación suficiente
para poder complacerles antes del cierre de nues-
tra tirada.

Productos de alta calidad de Vinos de Málaga

CONAC

LARIOS S.A. MALAGA

LAS MEJORES BOINAS

PONSOL

LA MARCA

DE CALIDAD



GORROS MILITARES
A MEDIDA
SOMBREROS DE SEÑORA
SOMBREROS PARA NIÑOS

SAN SEBASTIAN: CALLE NARRICA, NUM. 4



"BILBAO"

COMPañIA ANÓNIMA DE SEGUROS

Plaza de España, 4, 1.º
BILBAO

RAMOS DE INCENDIOS, ROBO, COSECHAS Y MARÍTIMOS

Dirección en BILBAO

Telegramas: BILCIASE

Teléfono: 10631

Apartado: 297

PRECISAMOS AGENTES EN LOS PUNTOS EN QUE NO
EXISTA REPRESENTACIÓN DIRECTA DE ESTA COMPañIA



BANCO DE SAN SEBASTIAN
FEDERADO CON EL
BANCO HISPANO-AMERICANO

CAPITAL SOCIAL:

Pesetas: 20.000.000

CAPITAL DESEMBOLSADO:

Pesetas: 10.000.000

RESERVAS:

Pesetas: 5.000.000

CASA CENTRAL:

Avenida de España, núm. 12
SAN SEBASTIAN

LABORDE HERMANOS

FABRICACION

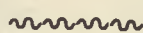
DE

HERRAMIENTAS DE PRECISION

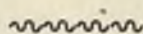
ANDOAIN

(Guipúzcoa)

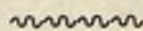
"Bellota"



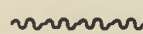
Herramientas para agricultura, minería, obras públicas y oficios diversos. Cuchillas corrientes e inoxidables para molones de papeleras



Aceros especiales para matrices y troqueles, cuchillas de cizalla, etc. Aceros al cromo y cromo-níquel, inoxidables, rápidos y extrarrápidos



Chapa invulnerable para blindajes
Chapa especial resistente a la corrosión



Patricio Echeverría

Legazpia

(Guipúzcoa)

Teléfono núm. 312

Telegramas } Sarralde-Zumárraga
Telefonemas }

Fabricación de piezas, según planos y modelos



SEMI-ACEROS

ALEACIONES ESPECIALES

Zumárraga - Villarreal

(GUIPUZCOA)



COLOR, ARTE, BELLEZA

CONSERVE, EN COLORES, SU RETRATO

Remita una fotografía (hasta tamaño postal) y giro postal de 5 ptas. a

MARIA SANCHEZ

Villa Aguinagalde, OYARZUN (Guipúzcoa) y conseguirá una

Bellísima obra de arte

OFERTA ESPECIAL PRECIO DE PROPAGANDA

Pida precios para tamaños mayores

NIÑOS SANOS Y ROBUSTOS CON

FOSCAVENA

EL NUEVO PRODUCTO PARA LA

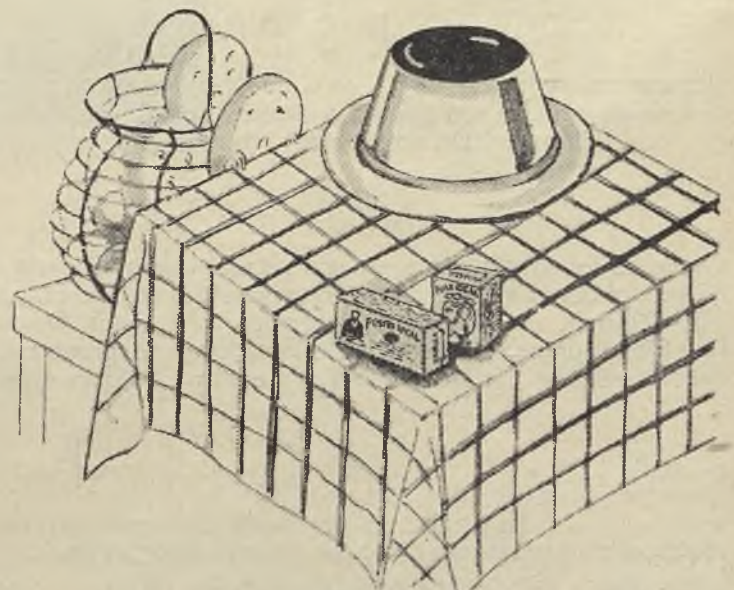
ALIMENTACIÓN INFANTIL

DEPOSITARIOS GENERALES:

E. PEREZ DEL MOLINO, S. A.

SANTANDER

POSTRE IDEAL, FLAN IDEAL



**¡QUE RICOS POSTRES!
...Y SIN HUEVOS...
RÁPIDO, ECONÓMICO**



COMPAÑIA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS S.A. - APARTADO 67 - SAN SEBASTIÁN



Una
escena
de
la
espectacular
película
EL
CORSARIO
NEGRO
que
nos
presentará
en
breve
C. I. F. E. S. A.



CIFESA PRESENTA

Los tres mejores documentos cinematográficos de nuestra Gran Cruzada

LA GRAN VICTORIA DE TERUEL

Visión clara de esta gran batalla, con la entrada en Teruel. Combates en el Alfambra, Singra, Sierra Palomera, etc.

ESPAÑA HEROICA

Documental de largo metraje, en el que, juntamente con escenas auténticas de la zona roja, que patentizan la barbarie que allí domina, se ven otras demostrativas del heroísmo de nuestros soldados y de la labor de reconstrucción de nuestra Patria. Película editada por Hispano Film Producción, de Berlín, con la colaboración de C. I. F. E. S. A.

MARCHA TRIUNFAL

Capta de forma elocuente en una sucesión magnífica de fotografías, la labor civilizadora de las Gloriosas tropas de Franco, al conquistar los martirizados pueblos del Norte, poniéndose en marcha seguidamente las industrias Siderúrgicas, Altos Hornos, etc. Ciudades destruídas, Irún, Eibar, Durango, Guernica, acusan ante el mundo el paso de la horda. Este Film es un homenaje al invicto Ejército y una prueba más del esfuerzo que la Producción Nacional está realizando. Película editada por Producciones Hispánicas, bajo la dirección de Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes de Osés.

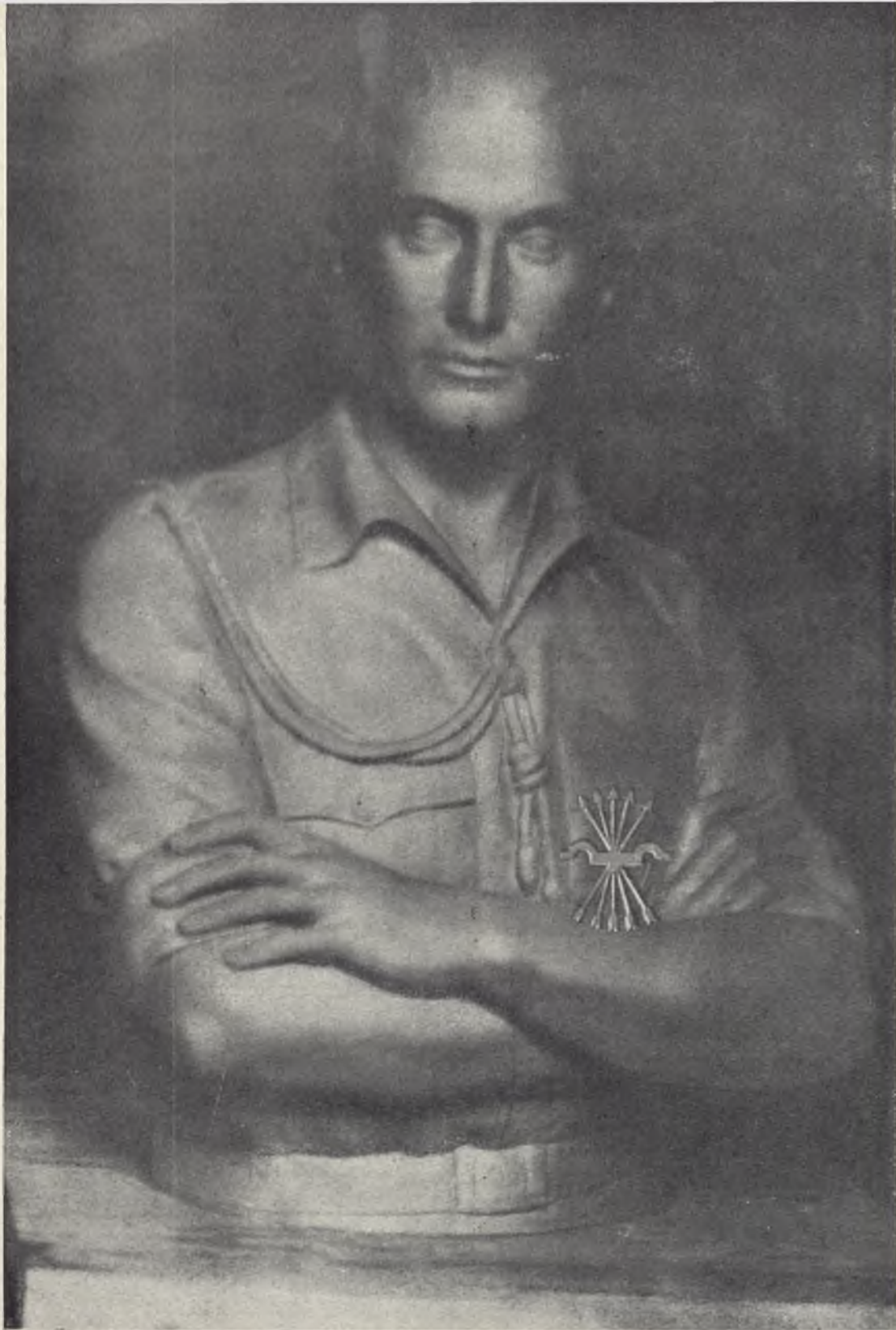
C. I. F. E. S. A.

ha producido y presentado durante la pasada temporada los Films patrióticos siguientes:

ENTIERRO DEL GENERAL MOLA - SEVILLA RESCATADA - SANTANDER PARA ESPAÑA - HOMENAJE A LAS BRIGADAS NAVARRAS - RECONSTRUYENDO ESPAÑA, NÚM. 1 - NÚM. 2 - NÚM. 3 - ASTURIAS PARA ESPAÑA - SANTIAGO DE COMPOSTELA - CIUDADES DE LA NUEVA ESPAÑA, SALAMANCA - FRENTE DE ARAGÓN - BILBAO PARA ESPAÑA - HACIA LA NUEVA ESPAÑA.

COLABORANDO C. I. F. E. S. A.

como ninguna otra Casa a la exaltación del Glorioso Movimiento Salvador de nuestra Patria.



Busto de José Antonio, por el escultor Aladrén.

Se levantó como una llama y su palabra ardía como una antorcha. Bienaventurados los que vieron y fueron decorados con tu amistad. (Eclesiástico, XLVIII, I y II.)

«Y»

no pretende, con este número, dar la medida de la ingente personalidad de José Antonio en su dimensión histórica, sino únicamente escoger de ella la anécdota y la calidad estrictamente humanas. Estas páginas quieren ser un documento entrañable y una pura constancia, en haz de hojas transidas de las más claras memorias, de los rasgos de una vida ofrecida a España. A la obra de José Antonio, fundida con las esencias del nuevo Estado español, le abre la Historia uno de los capítulos más intensos de este siglo. Su vida, que es otro monumento a su inmortalidad, es lo que «Y» se ha esforzado en recoger para ejemplo y guía de las juventudes y como homenaje al profeta y mártir de la salvación de España.

S U M A R I O

NÚMERO 10

NOVIEMBRE, 1938

INICIAL..... Manuel Augusto.
 EL CAUDILLO HA DICHO..... * * *
 EN LAS HONRAS DE JOSE ANTONIO... Dionisio Ridruejo.
 EN LA VIDA FAMILIAR..... Nieves Sáenz de Heredia
 JUEGOS..... Lula de Lara.
 RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA NOS HABLA DE JOSE
 ANTONIO..... * * *
 EN LA INTIMIDAD DISTANTE..... José M.ª Salaverría.
 PERFILES DE JOSÉ ANTONIO..... Rafael Garcerán.
 JOSE ANTONIO, ABOGADO..... * * *
 UNA NOCHE EN CASA DE JOSE ANTONIO.—EL NONNATO
 PERIODICO DE «FALANGE ESPAÑOLA» TITULA-
 DO «SI»..... Manuel Aznar
 JOSÉ ANTONIO Y LA FALANGE ANTE LA REVOLUCIÓN
 DE OCTUBRE..... * * *

LAS CENAS DE CARLOMAGNO..... J. Miquelarena.
 JOSE ANTONIO, ESTUDIANTE, ENAMORADO Y PARLA-
 MENTARIO..... * * *
 CONVERSACION CON EL MINISTRO DEL INTERIOR.—
 D. R.
 JOSE ANTONIO Y LA VERDAD DE «CARA AL SOL»...
 Bolarque.
 JOSE ANTONIO EN «LA BALLENA ALEGRE»... Samuel Ros.
 JOSE ANTONIO EN LA CARCEL MODELO.. Felipe Ximénez
 de Sandoval.
 APOLOGIA DE UN AMIGO QUE AUN NO ERA CORRELI-
 GIONARIO..... Juan Ignacio Luca de Tena
 JOSE ANTONIO Y SU HERMANO FERNANDO...Dr. Pardo.
 JOSE ANTONIO: EL AMIGO..... Agustín de Foxá.
 ALICANTE..... Carmen Primo de Rivera.

I N I C I A L

ESTAS páginas no fueron concertadas para el recuerdo de un hombre, sino para la Historia de un pueblo • En ellas se prefiere la entereza de la piedra que nos enriquece la voz, a la melancolía de una vida en cenizas • Con la mirada fija y el alma entera, José Antonio dictó la primera conducta nacional, e hizo crecer el espíritu de cuerpo a espíritu de Patria • Predicó los rigores con alegría y fundó la tierra en el Héroe, y se levantó en el Santo el cielo • Y esto es hermoso • Porque ya la muerte no será el término • Cuando nuestra nación sea cosa hecha, vendrán las almas peregrinas en busca de los lugares de José Antonio • Pero él murió demasiado pronto para posar sobre ninguna cosa y prefirió el vuelo ilimitado • Porque fué bandera más aún que teoría y hay que saber hallarle en voz de mando, su voz profunda y prolongada, «dando fuerza de ley al aire vano» como trompeta militar • Si alguien pregunta por su fin, diremos: Le condenaron porque era joven y promovía el amor de las gentes con su juventud • Así el humo de su lumbre subía derecho, y su quehacer tuvo alas, y aves había en su tortaleza • El no dijo: España está hermosa — pues no sabía mentir • Ni dijo: He aquí una hermosa ruina — que no supo llorar • Mas dijo: Mirad cómo esta Patria que es hermosa, está corrompida • Pues con ninguna otra sangre sea lavada si no es la nuestra • Amigos: era difícil aquel tiempo y a sus amigos les llamó camaradas •

M A N U E L A U G U S T O

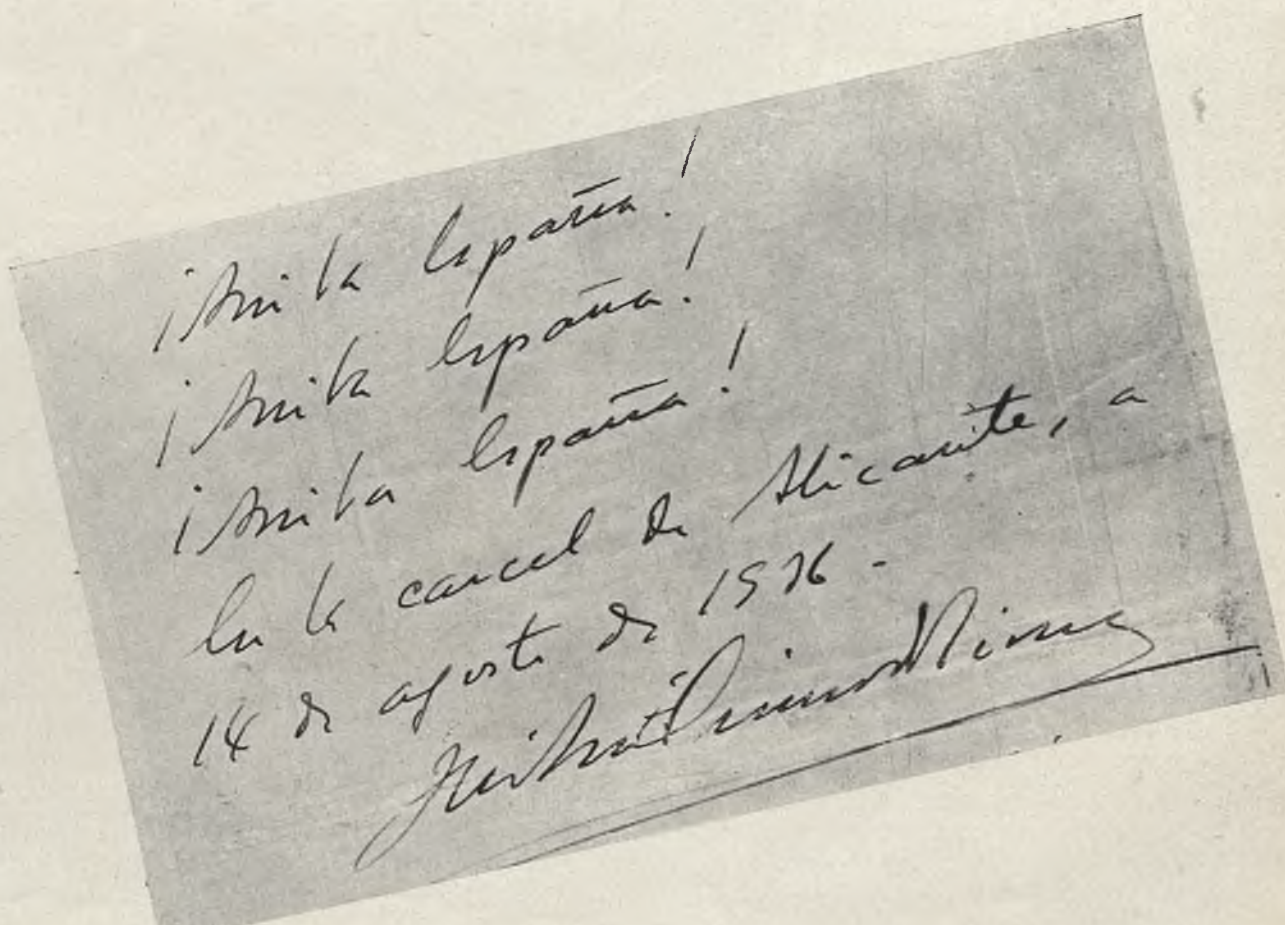
EL CAUDILLO HA DICHO:

POCAS personas, en España, se habían dado cuenta hasta entonces de los peligros que nos amenazaban. Sin embargo, un español benemérito sintió la honda preocupación de aquellos instantes y como conociera anticipadamente la revolución que se acercaba, dió la voz de alarma a aquel Gobierno y fué anhelante a ofrecer con su concurso, el de la juventud que le seguía.

Señalo con ello a José Antonio Primo de Rivera, mártir glorioso de nuestra Cruzada, el cual, desalentado, me envió entonces su grito de angustia en una bella carta llena de patriotismo y espíritu de sacrificio, en la que mostraba su desesperanza ante la suicida inconsciencia de las autoridades y exponía la seguridad de que la tragedia próxima rebasaría todas las suposiciones.

(Del discurso pronunciado por el Caudillo el 18 de Julio de 1938, en la conmemoración del Alzamiento Nacional).

En los días de su encarcelamiento en Alicante, desencadenaba sobre el suelo de España la tragedia prevista en su carta al Caudillo; la fe de José Antonio se afirmaba en el grito de exaltación patriótica que nos ha legado en este autógrafo, inapreciable testimonio desuesperanzaprofunda y del temple extraordinario de su alma.



¡Viva la España!
¡Viva la España!
¡Viva la España!
de la cárcel de Alicante, a
14 de agosto de 1936.
José Antonio Primo de Rivera

En las honras a José Antonio

EL rastro de la Patria, fugitivo
en el aire sin sales ni aventura
fué arrebatado, en fuego, por la altura
de su ágil corazón libre y cautivo.

DE la costra del polvo primitivo
alzo la vena de la sangre pura
trenzando con el verbo su atadura
de historia y esperanza, en pulso vivo.

ENAMORÓ la luz de las espadas,
armó las almas, sin albergue, frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.

DIÓ raíz a la espiga y a la estrella.
Y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.

DIONISIO RIDRUEJO.

EN LA VIDA FAMILIAR

recuerdos por

NIEVES SAENZ DE HEREDIA



La abuela materna de José Antonio



La madre de José Antonio antes de contraer matrimonio con don Miguel Primo de Rivera.

MI casa estuvo en constante relación con la de José Antonio y ambas familias hemos vivido en frecuente vecindad. La madre de él, hermana de mi padre, y la mía, habían vivido en la misma casa desde pequeñas y se querían como hermanas.

El nacimiento de José Antonio constituyó un acontecimiento familiar. Creo recordar que fué su ama «Celes» quien nos inclinó a que durante una temporada le llamáramos Josechu o Josecho. Pero nuestra abuela quiso que se le llamara José Antonio, como el bisabuelo, pues Josechu no le recordaba el nombre del padre de ella. Por cierto que años más tarde, uno de los últimos días que fuimos a visitar a José Antonio a la Cárcel Modelo, nos acompañó, a María Primo de Rivera y a mí, el ama «Celes»

Por su carrera militar, tío Miguel cambiaba frecuentemente de destino: tan pronto estaba en Madrid como en Barcelona o Africa. Más tarde, estos traslados obedecían a otras causas. José Antonio lo comentaba con gracia: «Cada vez que nuestro padre pronuncia un discurso, tenemos que trasladarnos de sitio». Cuando tía Casilda y tío Miguel vinieron a Madrid desde



José Antonio en brazos de su ama «Celes».

Barcelona, animó éste a mis padres a que nos fuésemos a vivir a un piso que se alquilaba encima de un bajo que ellos habían tomado en la calle de Montesquiza, 11, y allí nos fuimos. Hicimos una vida de relación muy íntima: nuestras amas y niñeras nos llevaban a los mismos paseos y realizábamos nuestros juegos en comunidad. En aquella casa nació Miguel, en una noche de verano, en la que por tener los balcones abiertos y ser el piso bajo, penetraron unos rateros y se llevaron algunos objetos de plata y cuadros del comedor y de la sala.

Hubo una nueva separación al ser destinado tío Miguel a Algeciras. De vez en cuando venían a casa de los abuelos y siempre que tía Casilda iba a tener un hijo. Pilar y su gemela, que murió muy pequeña, nacieron en casa.

Cuando murió la abuela, vino a visitarnos tía Casilda con los tres hijos que entonces tenía. José Antonio, al ver llorar a su madre, no sabiendo cómo consolarla, le decía que no llorase, porque se le iba a poner la cabeza grande.

Una de las aficiones de José Antonio era el dibujo, para el que tenía una feliz disposición. Mi padre se admiraba de la seguridad con que manejaba el lápiz y de su facilidad para enfocar los objetos, cualidades poco comunes en niños a esas edades.



José Antonio (a la derecha) y Miguel, vestidos de luto, reciente la muerte de su madre.



El matrimonio Primo de Rivera con sus dos hijos José Antonio y Miguel. La fotografía está firmada y fechada en Algeiras el 11 de Mayo de 1908. Sin embargo esta fecha no coincide con la de la foto, realizada unos años antes.

Cuando murió su madre, a los 28 años, al nacer Fernando, se vinieron a vivir a Madrid la madre de tío Miguel con sus hermanas, para cuidar a los niños. Se instalaron en la calle de Orfila.

José Antonio, desde su infancia, daba muestras de una gran serenidad y aplomo. Un día su abuela y su tía nos contaron unas travesuras de los pequeños en su ausencia. Cuando entró José Antonio hicimos una alusión irónica a lo sucedido. El, sin inmutarse, contestó rápidamente: «Ah, ¿se ha comentado?»

Sus dotes de mando y de organizador se manifestaron desde los primeros años. El ama de una de mis hermanas se indignaba creyendo que los padres de José Antonio establecían diferencias entre él y sus hermanos. La buena mujer solía exclamar: «A ése siempre le llevan en butaca de orquesta», manera gráfica de mostrar las injustas predilecciones que en realidad no existían, sino que eran una simple imposición del niño, cuyo talento y espíritu superior se sentían complacidos en ver realizados sus deseos.

A los diez años escribió, dirigió y ensayó un drama histórico, en verso, titulado «La Campana de Huesca», cuyos primeros versos eran, aproximadamente, como sigue:

«Ya la noche.. Cuánto tarda
en volver el mensajero
que envié con una carta
para el Abad del convento!
De fijo que Fray Clotardo,
que fué mi sabio maestro...»

Don Miguel Primo de Rivera y su hermana María rodeados de sus hijos y sobrinos respectivamente, Miguel, José Antonio, Fernando (de militar), Carmen y Pilar.



Ramón López Montenegro, al hacer la reseña de la fiesta en «A B C», después de encomiar al autor, actor y su compañía, observó que debía de ser muy agradable el ser decapitado, ya que cada vez que uno de los pajes traía la cabeza de un noble en una bandeja, ésta tenía una expresión jocosa. La explicación era que como ninguno de nosotros estaba dispuesto a dejarse cortar la cabeza para aparecer como noble decapitado, tuvimos que echar mano de cabezas de cartón rellenas de trapos. La persona encargada de su compra, no se paró en las contradictorias expresiones que el observador cronista apuntó.

También solía formar parte del programa otra obra titulada «Los Buñuelos de la Reina», del mismo estilo histórico. Se representaron asimismo obras de otra clase, dirigidas por mi madre, tales como «Azucena», «Tocino de cielo», etc. Yo ya no me dignaba trabajar por considerarme mayor y hacerlo peor que todos ellos, sobre todo que José Antonio, Chapalo, Pepa, Angelita y Lula. Pilar y Carmen también actuaban, así como todos los demás primos y algunos amigos.

Para los más insignificantes detalles, José Antonio tenía salidas gráficas y originales. Después de haber estado trabajando toda una mañana intensamente, llegó a casa con apetito, y como se demorase la hora de comer, exclamó a grandes voces: «¿Es que en esta casa se ha perdido la honesta costumbre de almorzar?»

Muchos días, al sentarnos a comer, yo no recordaba que era día de ayuno o vigilia. El se indignaba conmigo, sorprendiéndose del imperdonable olvido. Me disculpaba diciéndole que como yo no era la encargada de organizar las comidas, no me preocupaba de tan importantes fechas, pero que estaba dispuesta a ayunar con mucho gusto. Entonces empezaba a darme puñetazos y a llamarme monja exclaustrada y otras cosas por el estilo.

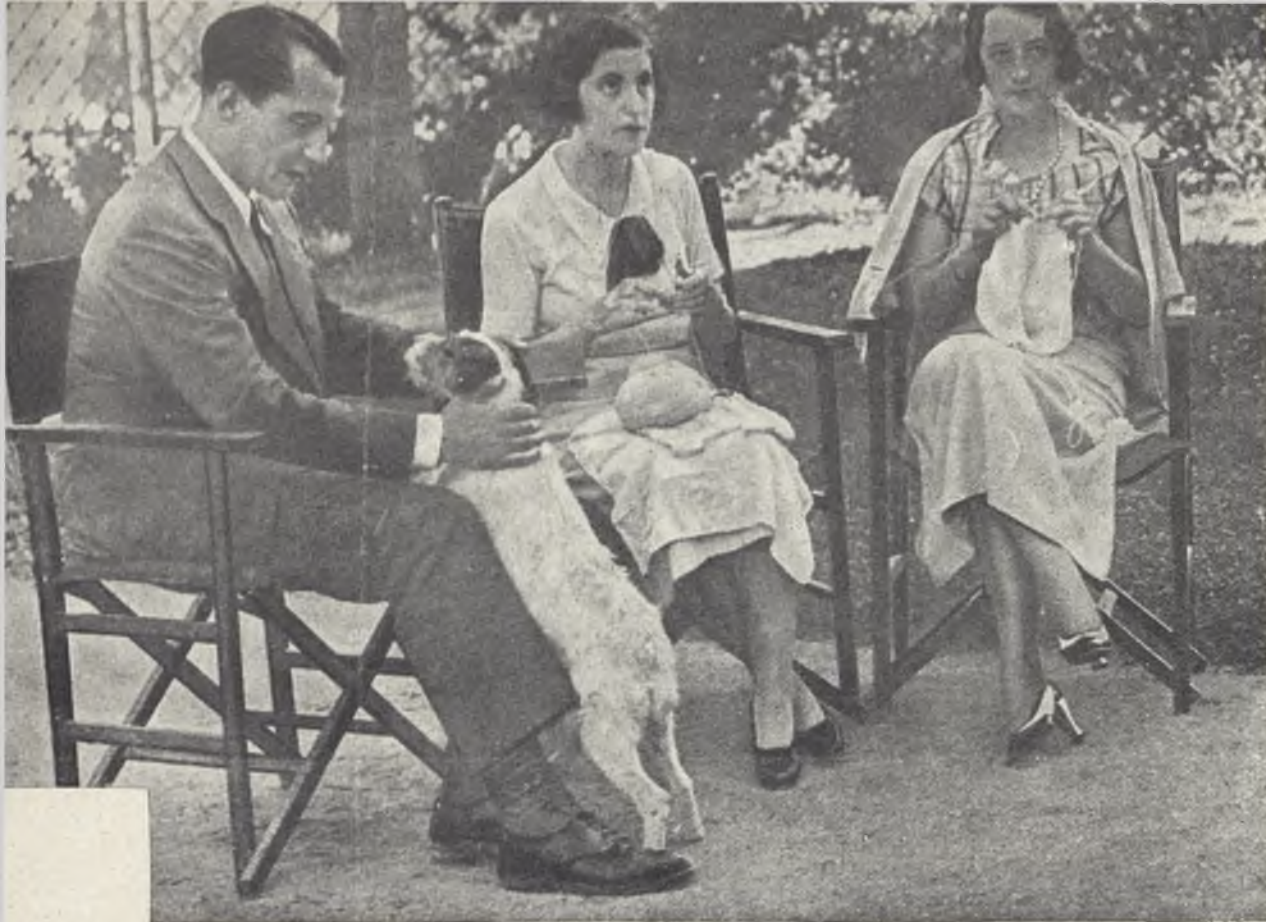
Como salía a cenar muchas noches fuera de casa, por si no ayunaban donde debía ir, hacía la colación al mediodía.

No faltaba un domingo o día de precepto a misa y no trabajaba los días festivos.

El Padre con quien él hizo ejercicios, ha escrito a María, y entre otras frases de admiración, dice que está seguro de que José Antonio era un alma predilecta de Dios.

La carrera de Derecho la había estudiado con mucho entusiasmo y se dedicó a su ejercicio con verdadera vocación. Una vez le oí decir que estaba molesto con un pariente, porque siendo él abogado no le había llevado un asunto de poca importancia.

La carrera de Derecho la había estudiado con mucho entusiasmo y se dedicó a su ejercicio con verdadera vocación. Una vez le oí decir que estaba molesto con un pariente, porque siendo él abogado no le había llevado un asunto de poca importancia.



José Antonio gustaba dedicar el tiempo que le dejaban libre sus múltiples ocupaciones, a expansiones de carácter familiar. En la fotografía aparece con sus hermanas Pilar y Carmen, en su finca de Chamartín.

Consideraba un descrédito para él que la familia no le confiara sus pleitos. Yo le dije que si no lo hacían era por no molestarle y no interrumpir sus múltiples ocupaciones. En tiempo de la Dictadura, trabajaba con éxito, a pesar de que tuvo que esperar a tener la edad legal para doctorarse. No defendía un pleito en el que no tuviera la seguridad de que su cliente estaba asistido de razón.

Ganaba con su bufete más dinero que su padre siendo Presidente del Consejo de Ministros, a pesar de ser muy modesto en sus honorarios. Se daba el caso de que muchas veces le hacían regalos espléndidos o le aumentaban la cantidad pedida en concepto de honorarios. En una ocasión me propuso: «Te voy a dar 500 pesetas para tus escuelas y dime de Ordenes religiosas que estén necesitadas para darles alguna cantidad». Aunque quería hacer creer que los donativos no procedían de él, acabó por

confesarme, ante la insistencia mía, que aquel dinero no lo conceptuaba como suyo, puesto que le habían pagado de más y que él lo administraba de esa manera.

Por último, quiero dejar aquí constancia de una anécdota significativa. En cierta ocasión, el padre de José Antonio envió a mi padre unos retratos que habían hecho a los chicos. Tío Miguel ponía un comentario al pie de cada uno. En el de José Antonio decía: «Este será un hombre del que hablará mucho la historia».

Rogamos a los colegas que reproduzcan textos o fotografías de este número, citen la procedencia.

Entierro del Teniente Coronel don Fernando Primo de Rivera, héroe de Monte Arruit, en Málaga, el año 1921. José Antonio, que entonces, a la edad de dieciocho años, fué como voluntario al servicio militar, preside vestido con el uniforme del Regimiento de Dragones de Caballería de Santiago, el entierro de su tío.



JUEGOS

por

LULA DE LARA.



En este grupo, obtenido durante unas vacaciones estivales, figuran los cinco hermanos Primo de Rivera. De izquierda a derecha: Fernando, Carmea, Miguel, José Antonio y Pilar.

Turbulento y alegre, ingenioso, imaginativo, lleno de vida y de savia infantil, ¡qué bien se jugaba con José Antonio! Aún recuerdo los últimos lugares que le vieron niño... Calles de Piomonte, de la Magdalena, de Serrano... Los cinco hermanos Primo de Rivera, estrechamente unidos, y su inseparable compañero Polín, hijo de Polo, el fiel ordenanza y servidor de don Miguel, paseaban de casa en casa la algarabía de una infancia feliz.

Había siempre mezcladas en sus juegos, bajo la influencia de José Antonio, el mayor, una gracia especial y una inquietud que brotaban en medio de las travesuras, dando a aquella cuadrilla de diablos un tinte heroico y fantástico, trasunto ya del que había de ser luego su destino... Y así, tan pronto se descolgaban unos a otros, atados con cuerdas, desde la altura del tejado, en trance de terribles aventuras, como se les veía muy callados y afanosos, sentados detrás de una mesa, confeccionando cada uno un periódico propio en que vertían sus personales idearios. «La Campanilla» se llamaba el de Pilar, con gracioso y femenino título; «La Fuente Negra» el de Fernando, aficionado a misterios y truculencias. No puedo recordar, y es lástima, los títulos de los demás. Sus tías María e Inés eran después las compradoras únicas, pero seguras, de los cinco periódicos, que les vendían a buen precio.

Del afán de heroísmo que ya alentaba en el ánimo infantil de los hermanos Primo de Rivera fué víctima una tarde su primo, Sancho Dávila, cuyo valor habían decretado José Antonio y Miguel que era necerario probar. Y una tarde—vivían entonces en el caserón de la Magdalena—le bajaron a los sótanos con ellos.

Eran estos sótanos, de muy antigua construcción, terriblemente lóbregos y enrevesados. Pasadizos, escalones, recodos, huecos... Y cuando el pobre Sancho, repentinamente solo y no muy tranquilo, se aventuraba por una de aquellas revueltas, buscando salida, vióse de pronto envuelto entre relámpagos de luz fantasmagórica y en la presencia pavorosa de un espectro, que daba grandes saltos ante él, agitando un suda-



José Antonio, como casi todos los espíritus superiores, sentía cariño hacia los animales. En su casa de Chamartín, interrumpiendo por unos momentos la lectura, que llenaba sus horas de descanso, acaricia a un perrito.

rio... Eran, claro está, José Antonio y Miguel, que con magnesio y una sábana habían organizado toda una puesta escénica destinada a templar debidamente el ánimo de Sancho.

Sin embargo, a través del chiquillo travieso y en pasmoso equilibrio surgía la madura gravedad de su cerebro, así como luego la gravedad viril del Jefe había de verse inesperada y deliciosamente cruzada por desplantes de chico travieso. Los libros de estudio pasaban ante todo para José Antonio, que lloraba desconsoladamente, ansioso ya de perfección, si alguna vez, entre sus notas brillantísimas de estudiante, se deslizaba un sencillo aprobado.

Otro juego favorito de los hermanos eran los «Museos de Pinturas», que formaban clavando con chinchas en la pared de una habitación dibujos hechos por ellos, dotados todos de gran facilidad para este arte. Y era, además, tal la fecundidad de los «artistas», que hubieron de establecer un reglamento por el que se prohibía presentar más de quince «cuadros» diarios cada uno. Aún así, las galerías adquirían velozmente, como es de suponer, dimensiones fantásticas.

Un día, cuando vivían en un piso bajo de la calle de Serrano, y al pasar un colegio entero, formado, por la calle, de vuelta del paseo, José Antonio se abalanzó al balcón, lo abrió de par en par y asomándose comenzó de repente a improvisar una arenga dirigida a los colegiales: «¡Niños! Escuchad...» El colegio entero se detuvo, sorprendido, ante los balcones, con profesores y todo. Y sólo al cabo de un buen rato, cuando José Antonio, muy divertido de su hazaña, se retiró saludando con grandes gestos, el colegio, silencioso y atónito, se puso en marcha otra vez.

¡Infancia de José Antonio...! De sus rasgos, sacados de las fuentes vivas familiares, sabrán hacer un día biógrafos e historiadores luz que ilumine, ya proyectada en sus primeros pasos, la figura gigante del Ausente.

Yo ahora solo así, en el tono menudo de la anécdota, evocación sencilla y sin respeto de un alegre compañero de juegos, puedo atreverme a trazar con mi pluma, sin que la emoción la paralice, el nombre de aquel que más tarde, con toda la fuerza de su gran espíritu, de su gran cabeza y de su gran corazón, había de lanzarse a este otro juego prodigioso de salvar a España.



RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA NOS HABLA DE JOSE ANTONIO

En la vida y en la obra de José Antonio hallamos el nombre de Raimundo Fernández Cuesta como una constante de fidelidad. Hay vínculos antiguos de amistad y asistencia entre ellos, que más tarde se unen también en la tarea política común. En Marzo del año 34, días antes del mitin de Valladolid, Raimundo Fernández Cuesta queda incorporado a la Falange. La amistad que los unía, adquiere así, en la obra, categoría fuerte de misión. En la labor heroica y fecunda de los años que precedieron al Alzamiento Nacional, en los actos públicos, en la organización de la Falange, y por último, en las celdas de la cárcel de Madrid, Fernández Cuesta aparece al lado de José Antonio, el cual, en su testamento le encarga, en unión de Ramón Serrano Suñer, la ejecución de su última voluntad, confiriéndole en la hora suprema de la decisión definitiva, el título de la mejor amistad y de la más segura confianza.

El actual ministro de Agricultura y Secretario General de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., es fiel continuador de la obra de José Antonio y testigo de excepción de su vida. Sus recuerdos personales, que se remontan a la infancia, tienen el doble valor de haberle conocido íntimamente y de haber comprendido y seguido su doctrina, de la cual es hoy Raimundo Fernández Cuesta exacto intérprete.

Hemos preguntado a nuestro camarada sus recuerdos acerca de José Antonio, del gran José Antonio amigo, hombre fuerte e inteligente, inesperado, digno en todo momento.

—Conocí a la familia Primo de Rivera—nos dice Raimundo Fernández Cuesta—en 1903, y pasé con ellos en su finca, «El Encinar», de Robledo de Chavela, gran parte del verano. Allí durante las vacaciones en aquellas tardes largas y tranquilas jugaba

al billar con don Miguel Primo de Rivera, quien me llamaba cariñosamente «Rayo».

Las primeras impresiones que guardo de José Antonio son de cuando éste queda huérfano de madre. Tenía entonces 7 años, y el General, con su especial sentido de la vida, siempre ciertamente lleno de bondad, encargó a José Antonio la dirección de la casa. Y era de ver aquel chiquillo dando órdenes para el mejor orden del hogar. Un veraneante de Robledo de Chavela, el contralmirante don Federico Loygorri le llamaba «El noble godó». Gracioso mote que hacía alusión a las aficiones de José Antonio de dramaturgo de acciones históricas, tal como «La Campana de Huesca» a que hacen referencia en este mismo número de «Y» otros camaradas.

Entonces principiaba ya a dibujarse el carácter de José Antonio: inquiriéndolo todo con el mejor afán de conocimiento; encariñándose con el ejercicio físico, como razón para templar sus nervios: amor al deporte al que nunca renunciaría ya. Montaba a caballo y presumía de ir tocada su cabeza con un elegante bombín que causaba la admiración y hasta la ironía de algunos paseantes y que por otra parte merecía de su hermano y acompañante algunas bromas. Recuerdo que esa afición que tenía José Antonio a ir ataviado con una elegancia sobria padecía por aquel entonces; su padre le llevaba sin discusión ni protesta a su sastre de portal, tipo curioso, que se llamaba Sampedro y presumía de una barba singular. Aquel sastre cortaba los trajes con arreglo a su módico precio. Y José Antonio no disimulaba su enfado al verse poco elegantemente vestido.

Era también por aquel entonces muy aficionado a cazar y en compañía de su tío Fernando—el Héroe de Monte Arruit—organizaba grandes festejos cinegéticos en Robledo de Chavela. Años después, en una cacería, en la finca «Mezquelilla» (de la familia

Calvo de León) me encontré con José Antonio. Yo tenía fijado puesto y fui a hacerle compañía y nos embobamos tanto en la conversación, que no tiró nada, a pesar de que la caza que le entró fué mucha.

Hay multitud de anécdotas graciosas de aquellos años infantiles de José Antonio: Recuerdo aquel día en que en su casa de la calle Serrano tía «Má» evitó milagrosamente una magnífica caída a Sancho Dávila, nuestro camarada, primo de José Antonio, en quien iban a experimentar un paracaídas que en realidad era tan solo un paraguas abierto. La futura víctima estaba ya empinado en la ventana desde donde se verificaba la arriesgada prueba.

Otro día en el popular Café Sui-zo, de Madrid, adonde acudí a me-rendar con sus hermanos y primos, les ofreció tan gran cantidad de es-tupendas patatas «souflés», que uno de sus invitados le preguntó: «José Antonio, ¿las has «ajustao» antes?»

De aquel tiempo son también nuestras jugadas de billar en el Pa-lace, de Madrid. Con don Miguel, y Fernando y Miguelito. Y nuestras

idas a los Frontones. El Marqués de Estella siempre confiaba en mi «la buena conducta» de sus hijos cuando nos dejaba solos, al final de la tarde. Me encomendaba aquella vigilancia noc-turna, por «mi edad», pues yo era mayor que José Antonio.

Nuestro inolvidable camarada era por entonces un muchacho tímido. Y su timidez se duplicaba cuando se encontraba solo, hasta el punto de que organizando un crucero que no llegamos a realizar, me pidió reiteradamente que le acompañara, pues temía que en la soledad se le escaparían ocasiones de divertirse.

Bien pronto se delinea en José Antonio el muchacho decidido, emprendedor y lleno de deseos de trabajar. Su padre, respon-diendo a estos deseos de su hijo, y con el nobilísimo propósito de proporcionarle oportunidad para que inicie su experiencia de la vida, le emplea en una representación de automóviles que llevaba su tío Antón, los coches norteamericanos Mc Farland, y allí José Antonio traduce y lleva la correspondencia inglesa.

Estudia con verdadera pasión su carrera de abogado. Con-servaba una carta, para mi suprema reliquia, en la que José An-tonio, con ocasión de consultarme un asunto que se le había pre-sentado en su bufete, me decía que su carrera la había estudiado incitado por mi ejemplo, también estudiante de Derecho, pues lo fuí seis años antes que él.

Al bufete se consagró con verdadero entusiasmo.

Antes de la creación de la Falange, José Antonio ganaba unos treinta mil duros anuales y después no pasarían de diez mil pe-setas las que lograría en los muy pocos asuntos a los que podía dedicarse.

Tuvo últimamente un largo pleito, en el que defendía a una señora, título de nobleza, que había entrado en una Comunidad religiosa. Después de mil incidencias judiciales y por fuera de toda razón, fué fallado contra la defendida por José Antonio. Tal decisión le produjo un verdadero malestar y quebrantado ante la injusticia, me decía—recuerdo que en Casablanca, adonde ha-bíamos ido a beber unas copas después de conocida la senten-cia—que de vez en cuando sentía deseos de marcharse lejos, a



En la cárcel Modelo la hora de la comida reúne a los camaradas reclusos. José Antonio aparece en esta fotografía en medio de sus dos colaboradores y amigos, Raimundo Fernández-Cuesta y Julio Ruiz de Alda. Nuestros camaradas supieron conllevar con el más formidable y sano espíritu los inconvenientes de la reclusión.

Norteamérica..... Ráfagas que pasaban rápidas en aquella alma nobilísima a la que herían atrozmente las desilusiones.

Haré constar—nos sigue dicien-do Raimundo—que aunque el amor que José Antonio tuvo por su profesión fué grandísimo, esto no le hizo nunca acoger asuntos que estuvie-sen en pugna con su criterio de es-tricta moralidad. E indicaré también que no quiso ocuparse nunca del trámite de divorcios.

Tenía un carácter abierto. Decía las verdades clarísimamente. Y mantenía grandes discusiones con quienes estaban alrededor de él, aun cuando debo de decir que nunca me hizo objeto de sus especiales y ejemplares «broncas».

Por su hermano Fernando tenía la más formidable admiración y un verdadero respeto.

Tenía una ironía dura, cuando el caso lo requería, y una broma graciosa e intrascendente cuando también lo pedían las circunstancias. Recuerdo cuando en la boda de Miguel, en Algeciras, fundó la Or-den de los Maridos Exentos. Aquel

día estaba con nosotros Julián Pemartín.

Como he dicho, en otra ocasión, José Antonio amaba los de-portes, complemento para aquel hombre tan equilibrado. Y a este respecto recuerdo nuestras excursiones veraniegas al Jara-ma, en donde aprendíamos a nadar bajo las órdenes de un exper-to y queridísimo camarada.

Ejemplo de como en aquella alma se daban al mismo tiempo la buena razón y el justo vigor para imponerla, es el siguiente he-cho que recuerdo: A raíz de la dominación de la intentona de



José Antonio en el domicilio social de Falange Española en Sevilla.

Octubre, y cuando los periódicos hablaban de las posibles severísimas sanciones que alcanzarían a los responsables, así como de las detenciones de los miembros de la Generalidad, vimos en el Savoy, de Madrid, muy cerca de nosotros, cenando con un matrimonio, al político catalanista Sbert. José Antonio, pensando lo repugnante que era el ver a aquel hombre en tal lugar, mientras no solo había sido partícipe de una intentona revolucionaria sofocada hacía horas, sino también, y hasta desde el punto de vista de su posición política, compañero de quienes se decía padecían los mayores riesgos en aquel momento, nos comunicó su proyecto: había que decir a aquel hombre que abandonase inmediatamente el local. Y así lo hizo. Y Sbert cumplió cabizbajo y temeroso. Como también se pusiese en pie la señora que le acompañaba, José Antonio le hizo saber que por ella no iba la indicación, pero con voz estridente la acompañante dijo que se marchaba. Por cierto que un matrimonio inglés que cenaba en una mesa próxima llamó también al «maitre» y le preguntaron si ellos tenían también que marcharse...

El día 14 de Marzo de 1936 el Gobierno socialista ordenó detener, en Madrid, a toda la Junta Política de Falange, que, a partir de aquel día, tiene su domicilio social en la Cárcel de Madrid.

Durante el encierro, yo veía todos los días y a cada hora a José Antonio, a quien aquellos muros le parecían un retiro providencial. «No me importan dos años de cárcel—decía—. Repasaré el bachillerato».

Cuando la comunicación se hizo difícil, José Antonio escribía largas cartas cifradas en las que comentaba la política que se hacía «fuera». Así hasta el 6 de Junio.

Estábamos reunidos, como siempre. A las siete de la tarde, el director de la Cárcel mandó llamar a José Antonio. A todos nos alarmó este aviso. Luego le oímos dar grandes voces en el despacho del director: «Ustedes me sacan de aquí porque me van a matar», decía. Era la orden de traslado de algunos camaradas a otras cárceles. José Antonio y Miguel Primo de Rivera, irían a Alicante. Agustín Aznar y Sancho Dávila saldrían aquella misma noche camino de Vitoria. José Antonio volvió a reunirse luego con nosotros; éramos un grupo de veinte hombres, que protestaban. Para hacernos callar fué necesario que una escuadra de guardianes echase mano de las pistolas. José Antonio llamó «caimán» al director de la cárcel, que gritaba pidiéndonos silencio. No queríamos separarnos; en esta dispersión adivinábamos todos un peligro inminente.

José Antonio fué sacado de la Cárcel de Madrid a las once de la noche. Cuando se lo llevaron, sus camaradas cantaban desde



José Antonio, Ruiz de Alda y García Valdecasas antes de dar comienzo al histórico acto de la Comedia, en el que intervinieron los tres como oradores y definidores de la Falange que nacía.

las celdas el himno de Falange. Al pasar ante cada reja les mira como si revistase sus tropas para el combate definitivo. Todos saludan brazo en alto. José Antonio, ya desde la puerta, grita: «¡Arriba España!»; y luego se le oye repetir este grito por los patios y galerías que cruza.

Era la noche del 16 de Junio de 1936.

Desde entonces no he vuelto a ver a José Antonio. Recibí luego varias cartas tuyas escritas en la cárcel de Alicante. Eran consignas, órdenes de combate para nuestras milicias. La última está en cifra y es de la madrugada del 16 de Julio, víspera del Alzamiento Nacional. José Antonio me decía en ella que le aguardásemos allí, que llegaría en avioneta a la Ciudad Universitaria para unirse a nosotros...



José Antonio trabajando en su despacho, de San Sebastián.

EN LA INTIMIDAD DISTANTE

por

JOSÉ M^a SALAVERRÍA.

Si: ahí estamos él y yo, conversando como dos personas que se han conocido hace diez minutos y ya se franquean como dos amigos. Al ver esa fotografía olvidada, se me figura que acabo de despertar de un sueño, y que José Antonio no es un aparecido que acude de la región de las sombras, sino un ser real que nun-



En el año 1934, don José María Salaverría celebró, a solicitud de un periódico de Buenos Aires, una entrevista con José Antonio Primo de Rivera. El ilustre escritor conversando con el Jefe de la Falange.

ca ha dejado de existir. Y que lo irreal y fantástico es todo eso que ha sucedido en los últimos años de aparente historia y positiva pesadilla.

En otra ocasión he referido ya la manera inusitada que tuve de conocer a José Antonio. Le pedí en una carta que me concediera el favor de una interviú para una revista de Buenos Aires, y que me señalara el día y la hora más convenientes para visitarle en su casa. Por aquel tiempo había alcanzado ya Primo de Rivera la celebridad y era lo que se dice un personaje importante en la política española; sin embargo, conmigo se condujo con una sencillez y con una respetuosa cortesía que me conmovió profundamente. No consintió que yo fuera a verle; vino él en persona a mi casa y nos encerramos en mi despacho a hablar de lo divino y lo humano en una franca camaradería.

¡Y era tan agradable y tan fácil el conversar con él! No había tema posible en el mundo de la inteligencia que a él no le interesase, pues pertenecía a esa clase de seres que viven como sumergidos o arrebatados en la modernidad cósmica. Su gran cultura, exenta en absoluto de todo matiz de pedantería, permitíale producir en los que intelectualmente le trataban una impresión

de hondo atractivo. Esta virtud de simpatía era sin duda una de sus más fuertes cualidades de político y de conductor de multitudes. Quienes le asesinaron sabían seguramente lo que hacían, porque José Antonio estaba señalado por el destino para arrastrar lo mejor y lo más grande de la humanidad española.

Por aquel tiempo me entregaba yo a la inofensiva afición de construir barcos de vela, a filo de navaja y auxiliado por cierta habilidad manual que me asiste. Era un modo de evadirse de la irritación y la inconformidad que me atormentaban desde la venida de la República; mejor dicho, desde que el general Primo de Rivera tuvo que dimitir y marcharse al extranjero, pues inmediatamente de su partida comenzaron a encrespase, a agitarse y a prevalecer pavorosamente todas las fuerzas de la anarquía.

Para huir, pues, aunque sólo fuera circunstancialmente, de la pestilencia de en torno, me entregaba al placer de construir barcos de vela, que con un poco de imaginación convertía yo en barcos piratas. Recuerdo que al visitarme José Antonio había sobre mi mesa de trabajo una magnífica corbeta recién aparejada y concluida.

Esto nos dió motivo para embarcarnos en un viaje imaginario hacia los continentes que España había marcado con su sello. Motivo incitante de conversación, el de América, para dos espíritus que coinciden en una idéntica ansiedad nacionalista; grandioso panorama, lleno de no menos grandiosas posibilidades, abierto a la avidez y la ambición de la fantasía patriótica; espejismo y nostalgia de las Indias que se separaron y se fueron, pero que la mente retiene con los nudos del recuerdo y de la esperanza. Me gusta insistir en mi convicción de que de cuantas obras ha consumado España en la Historia, la de América es la más grande y la más lograda. Las otras provincias y los reinos que adquirió por conquista o por herencia, todos se perdieron, y de ellos no queda nada sino la memoria; pero aunque los virreynatos y las capitanías generales de América y Oceanía recabaron su independencia política, todas aquellas naciones siguen marcadas con el sello de España; y no sólo idealmente, sinc en la realidad del idioma, la fe y el sentimiento son ahora mismo, y serán siempre, una continuidad y prolongación de España.

De este viaje intelectual a través de los remotos continentes, terminamos por sacar la consecuencia de que no era verdad que estuviesen remotos, porque lo mismo él que yo los teníamos presentes en nuestro afán. Mis muchas expediciones a América y los conocimientos que me ha procurado mi permanencia en gran parte de aquellas naciones, brindáronme la oportunidad de ofrecerle a José Antonio diversos matices de la psicología americana, o para mejor decir, las psicologías americanas, porque existen allí variedades a veces profundas que el español debe tener muy en cuenta, si no quiere herir suspicacias respetables e incurrir en errores peligrosísimos.

Lo que fué calculado como una simple interviú, se convirtió pronto en una conversación animada, cordial y libre, y terminó al cabo de quién sabe qué largo tiempo en un fuerte apretón de manos y en una sonrisa que con su amistosa sinceridad nos dejaba unidos para siempre. Al marcharse José Antonio, quedé afirmando mentalmente: he ahí un hombre. Un hombre que ya es una hermosa realidad, pero que aún vale más como promesa cierta de un porvenir de victoriosa madurez. Entonces no contaba yo con que la cruel fatalidad pudiera llegar a interponerse en forma de la pistola de un asesino.

PERFILES DE JOSÉ ANTONIO

por

RAFAEL GARCERAN.



Cuando se logre una biografía perfecta de José Antonio, podrán apreciar los que no le conocían a fondo, que su cualidad más acusada era el rigor. Tiñó éste los actos más interesantes de su existencia y fué el origen de la mayor parte de ellos. Su trabajo profesional, su verbo, el valor desplegado en todas sus actuaciones, la doctrina de la Falange, que él mismo concibió y redactó, su vida difícil, en suma, estuvo siempre presidida por el rigor.

Los hechos que voy a relatar demuestran bien claro que su propia muerte—prevista por él con mucha antelación—fué consecuencia en definitiva de un implacable rigor que no le permitió jamás conseguir sus fines sin plegarse a las formas y a los medios más severos, por muy ásperos que ellos fueran.

* * *

Un día de Enero de 1936, mientras despachaba con Andrés de la Cuerda y conmigo, recibió en su despacho a un chofer afiliado de Falange que iba a pedirle un arma con la que defenderse de sus compañeros de oficio, afectos todos a la Unión General de Trabajadores. Sabían que era falangista, le amenazaban con frecuencia y sino se habían cumplido las amenazas era por el miedo a una pistola que el muchacho aseguraba llevar siempre encima.

José Antonio no disponía de la pistola. Tenía, además, el temor de que con ella se produjeran hechos graves para el que la reclamaba. Le aconsejó por ésto que se defendiera llegado el caso con alguna herramienta del automóvil y le animó con bromas para desvanecer la obsesión de peligro de que se hallaba poseído.

Al concluir la entrevista, afirmó el muchacho que la falta de la pistola significaría para él una herida grave, por lo menos. José Antonio le despidió diciéndole: «No es demasiada cosa una herida grave. Podíamos considerarnos todos muy felices si se lograra hacer nuestra revolución a costa de perder sólo un brazo o una pierna. Estoy convencido de que muy pocos sobreviviremos a esta tarea. Entre ellos no estará seguramente tu Jefe Nacional».

* * *

Los amigos de José Antonio creímos en la posibilidad de sacarle de la cárcel aprovechando las elecciones parciales de Cuenca. El estaba seguro de que el Gobierno apelaría a todos los medios para derrotarle o para frustrar su triunfo si obtenía votos bastantes.

La maniobra gubernamental no se hizo esperar. Se produjo con motivo de la proclamación de candidatos y fué ejecutada por Alvarez Mendizábal a cambio del apoyo oficial para su candidatura. La Junta provincial del Censo, debidamente presionada por

el Gobierno, se prestó a la felonía y no pudo ser proclamado a pesar de las protestas y trabajos de quienes ostentábamos su representación.

El gobernador de Cuenca, veterinario de Villarrobledo, que se emborrachaba todos los días, prometió a Miguel Primo de Rivera y a mí que se conduciría en la contienda con la mayor objetividad. En cumplimiento de su solemne palabra mandó detenerme el propio domingo de la proclamación. Lo evité gracias al apoyo de don Antonio Goicoechea, con el que logré llegar a Madrid el mismo día al anochecer y conseguí comunicación especial con José Antonio. Bajó al locutorio con mono azul y botas de futbolista y me dijo antes de empezar mi relato: «Estoy completamente seguro de que Casares no ha dejado pasar mi nombre. Ya cuento de antemano conque esta prisión será la última mía». Y con la serenidad y la gracia de siempre me relató los detalles e incidentes de un partido de fútbol que había jugado aquella tarde contra los presos de la cuarta galería.

* * *

Tras una semana de lucha contra la chusma del Frente Popular fuimos detenidos y se nos trasladó a la Cárcel Modelo. En ella viví un tiempo inolvidable en celda inmediata a la que ocupaba José Antonio. Hizo éste un plan de vida que se cumplía inexorablemente por todos los presos de la Falange.

Desde las siete de la mañana hasta la cena se practicaba deporte y el trabajo o lecturas de cada uno. Después de cenar, José Antonio competía al ajedrez con Julio Ruiz de Alda y su hermano Miguel, Raimundo, Roberto Basas; Cuerda y yo jugábamos un largo rato a las cartas. A las doce acababa la reunión y cada uno se recluía en su celda, menos José Antonio, que solía recibir hasta las dos de la mañana, y yo que me quedaba con él ocupado con mis papeles profesionales.

Una noche, me habló de la manera de ir a la muerte ciertos personajes históricos conocidos y criticó el poco espíritu de alguno que llegó al patíbulo en brazos de sus ejecutores. Sostenía que la muerte, ingrata siempre, debía afrontarse con absoluta dignidad, y me refirió una pesadilla que tuvo sobre este hecho que siempre fué objeto de especial preocupación para él. Había vivido en sueños su fusilamiento con una fuerte sensación de detalle y de realidad y estaba satisfecho de sí mismo.

Se frotaba las manos con alegría casi infantil y me aseguró que estaba contento de la prueba porque ella le deparó la certeza de que cuando llegara el caso lo llevaría de veras con toda dignidad.

* * *

En otra ocasión escribiré los detalles que conozco sobre el fusilamiento de José Antonio. Es bien sabida la maravillosa serenidad de que dió muestras en su defensa y la suprema y sencilla calma de que se revistió durante los dos días que estuvo en capilla. Su testamento y sus cartas quedarán en la Historia Universal como documentos ejemplares por su fondo, por sus matices y por la forma impecable. Al relatar escuetamente los anteriores hechos sólo he querido demostrar una cosa: Que José Antonio quizá pudo evitar su muerte no dejándose detener en Marzo de 1936, pues ésto era perfectamente posible. Triunfantes las izquierdas sabía muy bien que sería víctima segura, pero en aquel trance como en otros muchos aceptó su responsabilidad de jefe. El momento era decisivo para la vida de la Patria y él quiso mostrar a sus hombres y a todos los españoles cómo había de afrontarse el peligro. Cumplió así con trágico rigor su mejor acto de servicio e hizo posible con su ejemplo que la rebeldía de los hombres de España alcanzara insospechada altura en esta empresa encaminada a rescatar el honor y las cosas que él supo amar y servir como nadie.

LAS CENAS DE CARLOMAGNO

por

J. MIQUELARENA.

Yo no puedo decir por qué, exactamente, pero el caso es que una vez al mes cenábamos en honor de Carlomagno. Nos reuníamos de diez a doce personas en el pequeño comedor del Hotel de París que da o daba a la Carrera de San Jerónimo. Como decorado, era el 1900 esplendoroso: la anguila en todos los calibres, en todas las longitudes y siempre sinuosa y reptante. «El siglo del progreso y de la electricidad», en su adolescencia, había pasteado el adorno madrileño con escasas muestras de su mal gusto pretencioso; pero una de ellas era aquel comedor y hasta aquel hotel en el que se hospedaron los viajeros distinguidos de la capital, antes de que cayeran en ella los grandes comerciantes internacionales del hambre y del sueño y construyesen sus hoteles aerodinámicos. Allí habían vivido Mazzantini y el Rajá de Kapurtala cuando se enamoró de Anita Delgado. No se podía utilizar el ascensor del Hotel de París sin recordar las fiestas de la Coronación de Alfonso XIII...

Un sillón sobre el que se colocaba una piel de corzo, como homenaje al convidado que no vendría, presidía las famosas cenas de Carlomagno. La piel pertenecía a José Antonio, que la había enviado desde su casa. Se mandaba hacer fuego de leña en la chimenea; y sobre el mantel, impecable y muelle por el grosor del muletón, tres candelabros con sus velas correspondientes iluminaban el convite.

Madrid habló mucho de las reuniones del Hotel de París. La República creía sinceramente que allí se conspiraba todos los meses. Y la verdad es que se conspiraba... Imagínese el lector que vestíamos de «smocking», que el menú era objeto de grandes discusiones desde quince días antes de cada comida, que los comensales no terminábamos nunca disparándonos panecillos y que si los temas de historia y de arte eran frecuentes, no se soslayaban tampoco los temas de amor sobre los que se especulaba con una finura indiscutible. Un ambiente así no podía ser lerrouxista. Estaba claro que aquello equivalía, en cierto modo, a una protesta contra la Puerta del Sol, zoco de las peores pasiones políticas y de las más viles, lanzada desde el mismo borde de aquel asfalto para limpiabotas, para flamencos, para cafés con consumidores de «solitario» y uña larga, para «Desesperaciones» de Espronceda y para periodistas del «Heraldo».

Era un honor social asistir a dichas cenas. José Antonio seleccionaba los comensales, de los cuales seis o siete éramos «de plantilla» y concurrimos a todas las reuniones que se celebraron; el resto, hasta doce, lo designaba José Antonio, con carácter episódico, entre aquellos amigos—enemigos políticos muchas veces—que pudieran llevar algún ingenio a la sobremesa.

Como en «La Ballena Alegre»—para la que pido de nuevo el título de conservatorio de Estilo de la Falange—José Antonio se sentía feliz, a la derecha del sillón reservado para Carlomagno. José Antonio traía en ocasiones un número fresco de FE, que había vendido aquella tarde en Cuatro Caminos con un grupo de camaradas. Entonces, se pasaba la mano por la frente y escucha-

ba, de labios de un gran escritor vasco, la teoría de que la cocina vasca no existe: las angulas, la Kokocha, la quijada de bonito, es cocina china. En suma, descubrimiento de médulas, exploración de procesos gelatinosos del mar y de las espinas. El gran



escritor vasco acababa por confesar que, en cualquier caso, y decidido a saborear las más escondidas fragancias oceánicas, él prefería la aleta de tiburón adolescente...

En las cenas de Carlomagno se conspiraba contra la República sin que nadie conspirase. Era una atmósfera, sencillamente. Cuando salíamos del Hotel de París, a la una de la madrugada, nos encontrábamos de cara al Madrid que habíamos pretendido olvidar durante unas horas; el Madrid ya torvo y cruel, que empezaba a helarse no sé si de frío o del espanto que le acechaba.

Acompañábamos a José Antonio hasta su casa de la calle de Serrano, frente al A B C. Todavía delante de su puerta, seguíamos hablando con él los que le habíamos escoltado. La fachada del periódico de Luca de Tena aparecía iluminada como un gran cinematógrafo de los viejos tiempos. Sentíamos que aquel paseante que silbaba y fingía no habernos visto, nos cercaba con su vigilancia. Algunas sombras se movían detrás del primer farol de la calle de la Ese.....

«—España es dura y áspera—solía decir por último José Antonio—y por eso tenemos que quererla más. Y para siempre».

Unos de los más nobles afanes de la vida de José Antonio lo constituyó el ejercicio de su profesión de abogado. Es lógico que su clara mentalidad se manifestara de una manera poderosa en una actividad a la que rendía con entusiasmo un constante e inteligente esfuerzo. Con una sólida preparación y con un cariño entrañable e ilusionado a la ciencia y al arte jurídicos, en plena juventud alcanzó una madurez excepcional y sus intervenciones ante los Tribunales de Justicia causaron al principio viva impresión y le consagraron rápidamente como uno de los más eminentes abogados de España.

En los recuerdos de la vida de José Antonio, nadie con más títulos que el ilustre ex ministro don Antonio Goicoechea, compañero suyo en algunos procesos resonantes, para trazarnos la silueta del Fundador de Falange en este interesante aspecto de su vida.

A continuación damos las impresiones que el señor Goicoechea ha tenido la deferencia de enviarnos como contestación a algunas preguntas formuladas por «Y».

¿Recuerda Vd. algo interesante de José Antonio en el ejercicio de su profesión de Abogado?

Creo que sabré complacerle. Los recuerdos se amontonan y son, a veces, difíciles de condensar. De José Antonio, como orador forense, apenas sabía yo nada antes de 1930, porque ni había tenido la suerte de contender con él en el foro, ni apenas había habido asunto en que los dos estuviéramos mezclados. Sin embargo, no tuve que esperar para conocer su valer, a tener noticia de su gran éxito como abogado de los Ministros de la Dictadura ante la Comisión de Responsabilidades en 1932. Sabía, por testimonios para mí irrecusables, lo acertado y original de su intervención afortunada en aquel discutido asunto. Pero mucho antes de esa fecha, en el otoño de 1930, próximo a su término la situación política presidida por Berenguer, tuvimos juntos un proceso, también muy discutido: el de la responsabilidad civil de los exministros de la Dictadura. Defendía él a don Galo Ponte y yo a Calvo Sotelo, el uno en prisión y el otro expatriado. Ambos contendíamos con Ossorio y Gallardo, mantenedor de la acción pública acusatoria. Para mí, el informe de José Antonio, pieza magistral, reveladora de un espíritu jurídico elevado y de una cultura no despreciable ni vulgar, constituyó un grato hallazgo. Me demostró claramente cuanto podía José Antonio dar de sí como orador y singularmente como orador forense...

Desde entonces ¿tuvieron muchos contactos en su vida profesional?

En efecto; menudearon desde entonces y sobre todo a partir del advenimiento de la República, las ocasiones en que, acrecen-

tada nuestra intimidad, y vivo siempre un afecto y una consideración mutua no interrumpidas hasta su muerte, laboramos juntos política y profesionalmente.

El momento en que esa labor conjunta fué más frecuente, fué el de los primeros meses de 1936, en que, desatada la persecución contra amigos y correligionarios comunes, tuvimos que ponernos de acuerdo para sostenerlos y defenderlos ante los Tribunales.

Siempre recordaré el proceso iniciado con motivo de la tentativa de asesinato de Jiménez Asúa, que fué ocasión para las entrevistas que casi a diario celebrábamos

en la Cárcel. Defendía yo a uno de los procesados y el interés de José Antonio, como el mío, era liberarlos a todos de pena y conseguir, sobre todo, salvar la vida de Alberto Ortega, falangista apasionado y entusiasta, uno de los ejemplares auténticos y más brillantes de la juventud que hoy se bate... Salvamos la vida de Ortega que, recluso en el Dueso, pereció cobardemente asesinado después del Movimiento. Facilitamos a otros la fuga al extranjero en avión y, en suma, defendimos juntos la vida y la libertad de amigos entrañables, que habrán de ser después para la causa común el sostén más valioso...

Hubo entre nosotros alguna vez disparidad en la apreciación del procedimiento a seguir; nunca el menor agravio que disminuyera el afecto que constantemente le guardé y el respeto que siempre me dispensó. Todavía en los últimos días de Mayo de 1936, trasladado ya a Alicante, me daba desde la cárcel por carta confidencial un encargo reservado y de delicada y suprema confianza en materia esencialmente política, encargo que procuré cumplir lo mejor que supe y pude.

¿Era, realmente, un abogado de verdadera vocación?

Sí; no se puede dudar de ello. Su amor a la profesión era tal que los elogios a su capacidad y competencia como orador forense, eran los que más le impresionaban y los que más vivamente agradecía.

Un día, invitado por él galantemente a saborear en su hotel de Chamartín un sabroso «gazpacho», plato al que era como pocos, aficionado, recayó entre nosotros la conversación sobre la cultura necesaria para ejercer la profesión de abogado. Incidentalmente, recordé a José Antonio que esa discusión nuestra era la misma que en su casa de campo de Tusculum, había sostenido Cicerón con dos grandes abogados de su tiempo, Antonio y Hortensio. José Antonio desconocía el precedente, pero a los dos días me enviaba a mi casa un comentario en verso ingeniosísimo de la conversación de Hortensio y Cicerón, que me demostraba con qué afición e interés la había leído...



José Antonio Primo de Rivera mantiene una línea de lealtad para los que fueron colaboradores de su padre, auxiliándolos en los más difíciles momentos. En noviembre de 1932, cuando la República comienza a cumplir su programa de venganzas, defiende al exministro de Justicia, D. Galo Ponte, a cuyo lado figura en esta fotografía momentos antes de la vista del proceso.

UNA NOCHE EN CASA

EL NONNATO PERIODICO

Nos reunió una noche José Antonio Primo de Rivera en su «hotel» de la carretera de Chamartín. La familia pasaba una temporada en Andalucía. José Antonio estaba solo en aquella grata mansión, decorada con retratos de nobles antepasados y con ejecutorias militares y políticas de don Miguel; del mal llamado Dictador.—Vamos a ver si os gusta el gazpacho que he mandado preparar para vosotros—dijo cuando nos sentamos a la mesa.

Eramos allí cuatro amigos: José Félix de Lequerica, Ramiro Ledesma Ramos, Rafael Sánchez Mazas y yo. Ibamos a hablar de un proyecto que José Antonio acariciaba desde hacía varios meses, y que no encontraba medio de llevar a la práctica: la fundación de un periódico diario, más o menos directamente destinado a ser órgano de «Falange Española». Digo que «mas o menos directamente», porque nuestro anfitrión no había llegado aún a conclusiones muy seguras y terminantes acerca de si convenía crear un periódico de información general que apoyara las orientaciones falangistas, o si era mejor ir sin más vacilaciones al diario oficialmente incorporado a los sistemas, tendencias, mandos y consignas del Movimiento.

Corrían por Madrid los «semanarios de combate»; se preparaba asimismo «Haz», que sería redactado, ajustado y vendido



Estos fueron los periódicos de combate en el período inicial de la Falange. Su venta en la calle era un duro acto de servicio: las animosas escuadras de voceadores, que salían heroicamente a extender la nueva doctrina en hojas de modesta impresión, pero de palpitantes y claras palabras, tenían frecuentemente que entenderse a tiro limpio con los pistoleros marxistas. Por eso, las salidas de sus periódicos quedarán en la historia de la Falange como episodios trascendentes.

DE JOSE ANTONIO

DE "FALANGE ESPAÑOLA" TITULADO "SI"

por

MANUEL AZNAR

por los estudiantes del «S. E. U.», con carácter bastante episódico, según recordarán todos los lectores. José Antonio suponía que un periódico diario, revestido de cierta autoridad profesional y de alguna solemnidad por la presencia en él de plumas distinguidas y no inscritas públicamente en los ficheros del falangismo, traería tales ventajas a la propaganda que valía la pena de consumir el esfuerzo y poner inmediatamente manos a la obra.

Un día, sin más ni más, me pidió que le hiciera un presupuesto.

—Has de partir de una realidad bastante curiosa—me dijo—. «Falange» no dispone de un real. Quizá si movilizamos todas nuestras energías podremos llegar a reunir algunas cantidades; pero en todo caso, ten en cuenta nuestra situación cuando acometas el estudio de las cifras.

Declaro que durante varios días hice una labor de benedictino. Tomando como punto de partida los presupuestos de algunos periódicos que yo había dirigido, los fui reduciendo y reduciendo hasta límites excepcionales. Estaba seguro de que la falta de dinero abundante quedaría compensada por el entusiasmo y fervor proselitista de los falangistas. Total: llegué a fijar, como cifra indispensable si se quería echar a andar decorosamente, la de 200.000 pesetas. José Antonio sonrió al leer mis cuartillas. ¡Doscientas mil pesetas! Le constaba que tal cantidad no era nada, ¡nada!, con destino a la fundación de un periódico en Madrid. Sin embargo, dada la pobreza y la extrema necesidad de la «Falange», aquel dos seguido de cinco ceros adquiría proporciones astronómicas. ¡Doscientas mil pesetas! ¿Quién soñaba en ello?

Entre el doctor Pardo Urdapilleta y yo le presentamos un plan de financiamiento. Provincia por provincia fuimos recordando los nombres de las personas propicias a un donativo para el Movimiento juvenil. Queríamos solicitar muy pocas pesetas de cada uno a fin de hacer más alegre la contribución.

Era el doctor Pardo quien debía llevar adelante ese trabajo, por encargo cariñoso de José Antonio. Yo me ocuparía de perfilar, en una nueva «Memoria», los capítulos relacionados con la redacción y la administración.

Ya habíamos cambiado diversas impresiones en torno a este asunto que era para José Antonio una especie de obsesión. Aquel día de la cena en Chamartín me dijo:—Vamos a reunirnos en mi casa; he invitado a Lequerica, a Rafael y a Ramiro. Pardo no podrá venir porque tiene una consulta fuera de Madrid. Expondremos tu plan y escucharemos a los amigos. Lequerica está dispuesto a resolver una parte de la ayuda económica imprescindible.

Nos reunimos, en efecto, los que más arriba he citado. Mucho tiempo se nos fué en el elogio de la casa, en una conversación deliciosa sobre genealogías de ciertos personajes que aparecían

retratados en los salones del «hotel», y en debatir temas políticos y literarios. Por fin recayó la conversación en el asunto del periódico. Expuso José Antonio el proyecto. Los tres—José Félix, Ramiro y Rafael—lo acogieron con enorme entusiasmo. José Antonio se sentía feliz. Era aquel uno de sus momentos plenarios. De pronto, volviéndose a mí exclamó:

—No hemos pensado en el título.

—No hemos decidido aún si ha de ser o no un diario falangista puro—contesté.

—Creo que sería lo mejor—comentó Ramiro, alargando la mirada para suplir su inicial sordera.

Opinaron todos en favor del órgano oficial de «Falange Española».

—Si preferís ese tipo de periódico, creo que hay un título indicadísimo.

—¿Cual?—dijo vivaz José Antonio.

—«SI».

Lequerica recordará el gozo que produjo la propuesta de este título en el ánimo del fundador de la «Falange».

—¡Estupendo!—comentaba—. Un título archi-falangista; corto, ligeramente agresivo, juvenil, afirmativo, optimista, denodado. Desde ahora digo que el diario se llamará «SI».

—¿Y el director?—preguntó Lequerica.

En aquel momento se entabló debate, largo y sutil debate, entre Rafael y Ramiro, acerca de las condiciones especialísimas que debía reunir el director de un diario falangista. Iban los dos encendiéndose en sus oposiciones. José Antonio asistía curioso al diálogo. Para que no se agriara cortó afirmando:

—Tengo sobre eso una idea que os expondré otro día.

Dos días después se decidió que Fernando Primo de Rivera se pusiera de acuerdo con el doctor Pardo para estudiar en detalle la financiación, según se había pensado. Fernando—tan silencioso y tan sereno, pero tan lleno de fe y de coraje—se dispuso a luchar.

Poco tiempo más tarde, sin que las circunstancias permitieran cumplir el sueño de José Antonio Primo de Rivera, empezaron a producirse persecuciones más agudas. El fundador de «Falange Española» se llenaba de preocupaciones y de responsabilidades; internas unas, porque se referían a la unidad y organización del Movimiento; externas otras, por la acritud y saña con que casi toda la España política combatía al falangismo.

No se volvió a presentar ocasión de tratar el problema del periódico. El dinero que se recaudaba resultaba necesario para finalidades mucho más urgentes.

De este modo se concibió y se renunció a un diario de «Falange Española» que debía llevar el título de «SI».



José Antonio al salir de un mitin en Villagarca, que constituyó uno de los actos fundacionales de la Falange gallega.

JOSE ANTONIO Y LA FALANGE ANTE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

Al estallido de la revolución roja de Octubre del año 34, que pretendía bolchevizar y dividir a España, respondió la Falange, conducida por su Jefe, con una ardiente manifestación de aliento a un Gobierno que tenía entonces en sus manos la unidad de la Patria, cuya defensa era la suprema y apremiante tarea de aquellos días.

Las generosas palabras pronunciadas entonces por José Antonio en la Puerta del Sol de Madrid, ante una multitud enardecida y un Gobierno en histórica coyuntura de salvar definitivamente a España, no fueron comprendidas por los ministros de la República, que frustraron la reacción magnífica de un pueblo que no se resignaba a perecer.

MANIFESTACIONES PATRIÓTICAS EN PRO DE LA UNIDAD ESPAÑOLA

El señor Primo de Rivera, al Frente de miles de personas, vitorea a España en medio de la Puerta del Sol

De casi todas las provincias de España se reciben noticias, dando cuenta de manifestaciones patrióticas, organizadas contra el criminal intento de desmembración de España que se quiso producir en Cataluña con la infame actuación de unos traidores.

Entre esas manifestaciones descuella la que al mediodía de ayer se celebró en Madrid. Partió ésta de la calle del Marqués del Riscal, y al frente de la misma figuraba el joven diputado a Cortes don José Antonio Primo de Rivera. Aunque para esa manifestación no se había solicitado permiso, advirtiendo el carácter patriótico de la misma, la fuerza pública no opuso resistencia, y la multitud avanzó por el Paseo de Recoletos y la calle de Alcalá en dirección a la Puerta del Sol, engrosando de tal manera, que cuando llegó a este lugar, los miles y miles de personas que la formaban no cabían en la ancha plaza.

Al frente de la manifestación era llevada una bandera y un gran cartel en que se leía: «¡Viva la unidad española!» Al llegar la cabeza de la manifestación ante el Ministerio de la Gobernación, en medio de estruendosos aplausos y vítores a España, el Gobierno se asomó a los balcones y el público prorrumpió en una estruendosa ovación. Entonces el señor Primo de Rivera, subido a una de las vallas, pronunció con voz vibrante la siguiente alocución:

«Gobierno de España: En un 7 de Octubre se ganó la batalla de Lepanto, que aseguró la unidad de Europa; en este otro 7 de Octubre nos habéis devuelto la unidad de España.

»¡Qué importa el estado de guerra! Nosotros, primero un grupo de muchachos y luego esta muchedumbre que véis, teníamos que venir aunque nos ametrallaran, a daros las gracias.

»¡Viva España! ¡Viva la unidad nacional!»

Acogidas estas palabras con estruendosos aplausos y nuevos vítores a la Patria, a la Guardia civil, al Ejército y al Gobierno, la manifestación, que había constituido un alto exponente de los sentimientos patrióticos del pueblo madrileño, se disolvió pacíficamente.

(De La Nación, de Madrid, del 7 de Octubre de 1934.)



JOSE ANTONIO ESTUDIANTE, ENAMORADO Y PARLAMENTARIO

CONVERSACION CON EL MINISTRO DEL INTERIOR



En el despacho de Ramón Serrano Suñer y, sobre un mueble, vigilando la tarea, hay una estatua de José Antonio. La estatua es de Aladrén. Más que fidelidad a la materia hay en la estatua una fidelidad entera a aquella calidad de hombre-síntesis, de superhombre, de héroe que había en José Antonio. Aquella mezcla del poeta, más aún, del seductor, con el hombre violento y sano, y más aún, con el hombre hecho para mandar. Así es, en el relieve y símbolo del barro, un príncipe natural. Y allí está él —sobre el mueble— presidiendo nuestra conversación, dotándola con su presencia múltiple—porque también la inteligencia y el corazón le recrean en nosotros—de un necesario tinte de nostalgia. Gravándola con nuestro único e irreprimible pecado de tristeza.

José Antonio ha designado a Ramón con un título codiciable y altísimo: «mi entrañable amigo de toda la vida». El tono de la conversación no desmiente este título. Nuestras palabras movidas por un motor, no ya de fiel secuacidad, sino de amor entero y verdadero—porque con amor templado, firme y limpio, ganaba él a sus hombres—se encienden hacia una emoción progresiva y ajustada como una sucesión de engranajes perfectos. Desandando el camino hacia el recuerdo, alargándolo hacia la esperanza, el tiempo y el lugar se nos hacen escenario de mito y tacto de nube. La conversación hecha con voces de gargantas va ganando todas esas calidades intranscribibles de la pura vida interior.

Ramón Serrano Suñer y José Antonio se han encontrado en la Universidad, a las puertas mismas de su vocación y a las puertas mismas de su juventud: José Antonio tenía quince años, Serrano Suñer era un año mayor. El caserón de San Bernardo—del que renunció a hacer la descripción número 389—los acogía a ambos como el escenario—ciertamente algo polvoriento—de una aventura verdadera y grave. Eran dos buenos estudiantes, quizá los dos mejores estudiantes de la Universidad. Ramón Serrano tenía sobre sí el deber de correspondencia al desvelo de un padre cuya vida—enterrado el amor bajo el polvo, tierno aún en las cuentas del rosario—limitaba y se ceñía a la tarea de dotar a sus hijos de armas de inteligencia y profesión para los azares seguros de la vida. José Antonio se obligaba con su propia voluntad, ya precozmente rigurosa y llena de exigencia: «Hay que prepararse para el trabajo»; y el lograr una costumbre de disciplina y labor le obligaba tanto como su profunda curiosidad por el saber.

Se conocieron y se hicieron amigos, con esa amistad entera, que ya sirve para siempre, y nunca se logra tan sólidamente como en estas edades en que el alma está a la expectativa y la comunidad en

la tarea es un vínculo sacro porque apenas distraen al ejercicio otras solicitudes.

De San Bernardo a la Glorista de Bilbao—lugar de encuentro y despedida diarios—va un tranvía amarillo, juvenil y popular. José Antonio y Ramón repasaban—en el seno de su traqueteo—las lecciones del curso, cambiando impresiones y formulando esperanzas. Alguna vez el regreso—tardío por la insistencia en el trabajo—no se ajustaba a la frecuencia del vehículo. Entonces José Antonio, desgarrado y popular al par que infinitamente elegante, sin prejuicio alguno por el estupor de las gentes, aconsejaba «tomar el caballo». Y el caballo eran sus propios pies, grandes y veloces de muchacho sano, que fingían el trote y tomaban camino urgente a través de las calles. Ramón—un poco avergonzado, quizás por menos decidido—le seguía como se sigue a una fuerza irresistible.

Con una voz de nostalgia buena, Ramón Serrano resucita aquellas jornadas iniciales y ya prometedoras:

ESTUDIANTE

—Era un Madrid sin presagios aún; en la calle de la Magdalena Alonso Misol educaba a las generaciones de Ingenieros. En aquella academia estudiaba mi hermano y allí acudíamos alguna vez José Antonio y yo. Cerca de allí, en la misma calle, vivía José Antonio, en un viejo caserón lleno del prestigio militar de su padre que aún no era Dictador de España. Allí también nos reuníamos con frecuencia. Estaban los hermanos hacia quienes José Antonio se mostraba lleno de ternura y de admiración. José Antonio volcaba sobre ellos toda su enorme y generosa capacidad de estimación y un orgullo como de cosa propia; Miguel hacía escultura con un positivo talento, había modelado un San Francisco en éxtasis que José Antonio nos hacía admirar con unos comentarios llenos de ese sabor literario, a un tiempo riguroso y exaltado, que hemos conocido plenamente después. Por Fernando—que era muy pequeño—tenía una solicitud tierna, protectora y arrebatada. Se sentía como obligado hacia él con una obligación paternal y tutelar. Andando el tiempo este afecto y esta admiración irían en aumento. Recuerdo con qué efusión me contaba, muchos años después, en un viaje a Zaragoza, los progresos de Fernando como hombre de Sociedad y los éxitos como alumno de la Academia de Caballería, con el número 1 «ganado a pulso y no por influencia del apellido».

Vivieron después los Primos de Rivera en la calle Mayor, y,

siendo aún estudiante José Antonio, en Barcelona donde don Miguel desempeñó la Capitanía General y desde donde ocupó —por golpe de Estado— el Poder español.

El primer cambio grande de José Antonio lo produjo este cambio de clima y concretamente el ambiente de Barcelona. Hasta entonces había sido un buen estudiante pendiente de sus libros, centrado en una vida familiar muy serena y ausente—ya que no en su tendencia, en su costumbre—de toda preocupación de Sociedad, de toda solicitud pública, de todo interés por la política. Barcelona le dió todo esto como en sucesivos descubrimientos. Al regreso de sus primeras vacaciones barcelonesas, José Antonio hablaba ya del encanto de las muchachas de Barcelona, de la inteligencia de su sociedad, del gusto de su tradición artesana y burguesa,—tiendas con sucesión y humanidad de la Plaza Real—del que luego ha hablado muchas veces en sus textos políticos. Hablaba también de lo que no le era grato. De aquel mundo más abierto y ensanchado, de aquella ciudad viva, llena de cosas importantes, él empezaba a deducir y a formular sus gustos y sus exigencias ante lo público; empezaba a saber como quería las cosas. Barcelona fué para José Antonio, para el político José Antonio, el punto de partida y para el hombre el punto de crisis.

—Pero en la Universidad hicisteis algo que tiene interés para contar...

—Vayamos por partes; en la Universidad no hicimos más que ser estudiantes. Y ya te he dicho antes que buenos estudiantes. Y si tuvimos una fuerza, una influencia y una acción fué por eso; porque éramos estudiantes sanos, puntuales y serios, y no agitadores ni partidarios de la alegre huelga.

Y éramos buenos estudiantes, primero por el rigor de nuestra moral, segundo por la pasión hacia nuestra carrera. En José Antonio es especialmente curiosa esta pasión por su carrera de abogado que no le abandonó nunca, que no le abandonó, tú lo sabes perfectamente, ni en el solemne instante de formular su última voluntad.

José Antonio tenía una cabeza prodigiosa, enormemente ordenada, en la que toda cosa quedaba convertida o incluida en un sistema. Solo con una cabeza así podía formular tan certeramente como lo hizo la síntesis de España. En aquella época ya se delataba plenamente esta capacidad de orden, este rigor y exactitud mental que impresiona aún más que su potencia imaginativa y lírica. Y ya entonces, como es natural, prefería, aún dentro de su carrera, las disciplinas más exactas: por ejemplo, el Derecho Civil. Tú sabes que las instituciones del Derecho Privado en lo que tienen de Derecho Romano constituyen un sistema que es casi una ciencia matemática. El Derecho Romano parte de unos supuestos filosóficos que si en parte son ya inservibles, partiendo de ellos toda su construcción es tan inevitable, tan rigurosamente arquitectónica, tan segura, como el desarrollo de un problema. José Antonio—esto podrá sorprender un poco—amaba las Matemáticas sobre todas las ciencias, seguramente por esa pasión de exactitud y verdad absoluta que había en él—y que, añadido yo es propia de un genio poético—y, por ello, prefería aquella rama jurídica en la que llegó a ser un auténtico competente. Yo le animé—lo confieso con poca modestia—con mi ejemplo a una aplicación verdaderamente poco frecuente, aún entonces, entre los estudiantes; nuestro viejo y sabio profesor Clemente de Diego podría dar fe de ello.

.....?

—Colaborábamos estrechamente en nuestros estudios, compartíamos nuestros apuntes y nos confiábamos el secreto de esos libros de uso infrecuente de los que sacábamos, al par que el complemento de nuestra formación, la cita y el truco necesarios para responder en todos esos casos en que el profesor suele preguntar: «Ustedes no sabrán seguramente...»

—¿Y otras colaboraciones...?

—Ciertamente. La historia de nuestra lucha estudiantil, en la que tanta prisa tienes por entrar, es ésta:

Ramón Serrano se recluye un instante en el silencio, la mano sobre los párpados, para encontrar esos dos o tres datos exactos que fijan una narración en su ambiente preciso. Después se descubre y comienza con seguridad y animación.

—Nosotros teníamos un interés auténtico por la Universidad. Un interés de estudiantes que estudiaban y que tomaban en serio su oficio y con su oficio su escuela. Nada desviaba nuestro interés de esta línea absolutamente limpia.

Por una parte, ni José Antonio ni yo estábamos mezclados en intereses político alguno. Yo era socio del Ateneo, por decisión de mi padre, para utilizar la biblioteca, pero—cumpliendo su exigencia—jamás había pisado otro lugar de la casa ni compartido su clima. José Antonio no pertenecía entonces a sociedad alguna, a círculo alguno, donde ni el ambiente político ni el mundo intelectual tuviesen acceso. Si él tenía curiosidad viva por las cosas del arte y del saber, esa curiosidad no estaba matizada por ningún clima de tertulia. Eramos los estudiantes en la soledad apasionada de nuestros propios libros y de nuestras aulas profundamente respetadas.

Apuntes wmarx en la mano
Política social

Ja

José Ant. Primo de Rivera

Alumno oficial

— 199 —

materiales sociales; sin embargo no se entra propiamente en el socialismo científico hasta Marx.

= CARLOS MARX =

Antecedentes históricos, su formación filosófica; sus estudios de la economía política y del socialismo francés; evolución de sus ideas filosóficas. La interpretación materialista de la Historia como fundamento de su obra científica. Sus publicaciones principales y significación de las mismas: La Misericordia de la Filosofía; el Manifiesto comunista; la Crítica de la Economía política; el Capital.

Marx da ya un sistema más completo, tanto desde el punto de vista filosófico como en las últimas consecuencias prácticas. Conviene dar antes de entrar en él unas indicaciones biográficas, por un aunque no se crea, como Swen, que el hombre es un producto.

Madrid
1922.

De la época un versitaria de José Antonio, ejemplar estudiante, el Ministro del Interior conserva estos apuntes, que ha tenido la delicadeza de cederlos para su reproducción en "Y"

Por otra parte eran aún los tiempos felices—pronto dejarían de serlo—en que España—ante nuestros ojos—parecía aún una unidad. Ni en el aspecto religioso observábamos otras disidencias que las nacidas de un fervor mayor o menor o de una moral más pulcra o más desaliñada.

Creíamos seriamente que bajo el supuesto de que éramos españoles sin que nadie discutiera de España y de ser católicos sin que nadie discutiera nuestro Credo, podíamos ser pura y escuetamente estudiantes—sin adjetivo alguno dentro de nuestra profesión—y que al serlo dignamente ejercíamos de la mejor manera nuestro deber de fieles y de patriotas. Quizá unos años después,—José Antonio mismo se sintió forzado, con nostalgia, a variar su posición—ya no sería bastante en España ser un buen labrador, un buen poeta, o un buen estudiante. Entonces lo era y a ello nos ateníamos.

Era entonces exactamente el año 1919, estaba en el Poder el Gobierno Nacional de Maura y era Ministro de Instrucción Pública Silió.

Se publicó entonces el Decreto estableciendo la autonomía universitaria y regulando esa autonomía. Los estudiantes ganaban con aquel régimen, acceso al gobierno de la Universidad por medio de los representantes del curso en el Consejo Universitario.

Nosotros tomábamos en serio las cosas. Nos apasionaba el problema de los estudios para los que—con exclusión de todo interés—vivimos y luchamos durante tres años. Y en aquella ocasión tomamos también en serio lo de la intervención escolar en el gobierno de la Universidad y nos propusimos actuar seriamente.

El Decreto creaba las Asociaciones Oficiales de Estudiantes, por facultades, como único organismo profesional del cual debían extraerse los representantes de la escolaridad.

Nos pusimos a la obra de crear estas Asociaciones, es decir,

la de Derecho, con toda la buena fe, con toda la «ardorosa ingenuidad» de que éramos capaces y con el profundo orgullo—que no perdimos en toda nuestra vida—de estar cumpliendo un deber.

Como nosotros éramos universitarios recientes, la presidencia de la primera Junta Directiva se le confirió a uno más maduro: creo recordar que se llamaba Felipe Areal. Yo era Vocal en aquella Junta y José Antonio lo era,—a través de mi puesto—ya que todos los trabajos se preparaban entre los dos. Debo añadir que nosotros también tomábamos en serio el Estado y que habiendo terminado éste la existencia de una sola entidad escolar, no podíamos pensar que pudiese existir otra, y por el contrario, —y por las razones de felicidad que te decía antes—creimos convenientísima la existencia única de nuestra agrupación.

Claro es que no todos pensaban así. Un grupo de buena fe y de recto propósito—en alianza con gentes de quien no podemos opinar tan generosamente—sostuvieron la tesis de crear, al margen o dentro de la Asociación, otra con carácter y definición de Católica.

A nosotros nos pareció aquello peligroso. Repito que era el tiempo feliz en que todos éramos católicos—de José Antonio y de mí respondo que algo más ejemplares que muchos de los otros —y por lo tanto era inútil—puesto que esto se entendía, puesto que el Estado lo era también y puesto que la función para la que se convocaba allí a los estudiantes era netamente profesional—plantear un problema que no existía.

José Antonio y yo acudimos a disuadir a las personas más ca-

blamos que ellos constitúan nuestro primer deber universitario. Pero empleábamos en la tarea todo el tiempo libre: las frecuentes horas disponibles por las ausencias de los profesores, los recreos, el tiempo de la noche, después de la jornada. Teníamos como oficina unas habitaciones algo menos que modestas, en las que se elaboraban ficheros y se preparaban listas y trabajos. La disciplina familiar era un límite serio a nuestros entusiasmos. A cierta hora de la noche—tras la necesaria lamentación—José Antonio levantaba el campo: «mis tías me esperan». A veces le gastábamos bromas sobre aquella tutela femenina que acataba sin embarazo alguno. El solía replicar con humor: «verdaderamente, mis tías tienen mucha personalidad universitaria».

Nos esforzábamos por restablecer la normalidad escolar, pero también por contener el mal que veíamos como irremediable.

Ante nuestros ojos y ante nuestro dolor, por vez primera y en aquella pequeña España que era la Universidad, veíamos pulverizarse la unidad de la Patria: perderse, para España, la paz que solo ahora va a ser recobrada.

Los «estudiantes católicos» insistían en su posición y mientras tanto nosotros empezábamos a ver cumplida nuestra propia profecía: como detrás de aquella definición religiosa y de sus altas invocaciones se le veía el rostro, mal cubierto, a toda una política, como había un periódico que formaba tras de su causa, como —fuera de la Universidad, dando lecciones a los futuros revolucionarios—se valoraba y se ejercía el movimiento de aquella masa tierna, muchos estudiantes comenzaban a reaccionar con



Mesa presidencial de un acto de Falange. José Antonio y otros Jefes, al iniciarse un acto de propaganda del entonces naciente Movimiento Juvenil.

lificadas de entre ellos, para agotar nuestros argumentos. José Antonio mostraba ya el lujo de su dialéctica impecable: «El Estado llama y admite a todos los estudiantes en la Universidad. Nosotros no tenemos la culpa de que no se exija, por ejemplo, una confesión religiosa para gozar de la enseñanza. Por lo tanto, no planteen ustedes un problema que el Estado no plantea. Hagan ustedes asociaciones para fomentar la piedad entre los jóvenes, pero no las hagan para participar en la Universidad profesionalmente, que es para lo que el Estado nos convoca. No invadan ustedes la órbita del Estado. Y en último término: si ustedes creen una entidad estudiantil con carácter de católica, al margen de la del Estado, y siendo presumible que la del Estado conservaría a algunos estudiantes, es indudable que, estos estudiantes, aparecerán como menos católicos por el solo hecho de interpretar mejor las leyes, y que, si su Asociación lucha con la de ellos, es posible que la de ellos empiece, para estar totalmente en contra de la suya, a definirse como contraria a su definición; es decir, a ser contra-católica. Esto es depreciable. Si hubiera una Asociación de estudiantes budistas, bien estaría defenderse de ella, pero ante una Asociación integrada por católicos, en la que los fuertes podrían influir a los débiles ¿por qué abrir esa lucha inútil?».

Pero aquellas personas de dentro y de fuera de la Universidad, no aceptaron las razones de nuestras insignificantes personas. Se creó la Asociación de Estudiantes Católicos al margen de la Asociación oficial. Y comenzó la lucha.

Ramón Serrano ha dicho estas palabras y dice las siguientes con una torturada exactitud, lentamente, con tino y sin vacilación; pero también con una exaltación notable como si se tratara de un problema actual.

—Nosotros continuamos en la Asociación. Al año siguiente fui yo elegido Presidente y José Antonio Vocal y Secretario. Trabajamos con ardor, con entereza y con una honradez inmensa. Ni por un momento abandonamos nuestros estudios porque sa-

—excesiva amplitud; y al reaccionar políticamente, los que tenían débil su fe, aviesa su intención, o cerrada su mollera, comenzaban ya a atacar aquellas mismas invocaciones que los otros tomaban como escudo; de estar contra la política de los católicos se pasaba a atacar a los católicos mismos y de atacarlos a ellos a atacar su confesión. De la defensa del profesionalismo contra la intrusión política se veía ya adelantarse el foco de otra intrusión política, más peligrosa, que los que iban a ser sus víctimas habían ocasionado.

Teníamos luchas enormes aún dentro del seno de la Asociación. Fuera, claro es, que las luchas habían pasado de palabras. Los estudiantes se pegaban con frecuencia y no hay que decir que José Antonio formaba siempre en la primera línea. Especialmente cuando había oposiciones a Cátedras, que con bastante frecuencia se adjudicaban injustamente. José Antonio fijó más de una vez, en los tableros, una convocatoria para «que los estudiantes fueran a presenciar la injusticia de la votación del día».

En el seno de la Asociación, los extremistas apuntaban: «hay que luchar contra los católicos», «hay que hacer una Asociación con afirmaciones contra los católicos».

José Antonio replicaba con violencia increpándoles: «sois unos bestias, no comprendéis que al decir eso caéis en su mismo error, pero de peor manera!». Nuestro prestigio, sostenido a golpe de conducta, se iba debilitando en medio de la pasión creciente.

Los católicos de fe robusta, sabedores de que la Iglesia no impone una determinada profesión política, se irritaban contra aquella incesante involucración de los «titulares de la fe». A los más débiles—como te decía—les producía esto un tambaleo no justificable porque estas cosas nunca pueden justificarse, pero sí explicable. Nunca habremos agradecido bastante la intervención del inolvidable maestro Pérez Bueno, conocedor diario de nuestras angustias, quien un día—viendo nuestra situación—nos llevó con él a su acostumbrado paseo por el de Coches del Retiro.



En el Frontón Cinema de Zaragoza se celebra un acto de Falange Española de las J. O. N. S. La Falange principia a tener sus ritos: fondo, de banderas, nombres de caldos... José Antonio pronuncia su discurso de uniforme, sobre el que se destaca el rojo cordón de mando.

Compartían su paisaje y su diálogo gentes como Vázquez de Me-lla y otras personalidades eminentes y el mismo Nuncio de S. S. Monseñor Ragonessi, uno de los hombres más virtuosos y finos que he conocido. Pérez Bueno nos había dicho: «Es duro lo que a ustedes les sucede, pero son ustedes dignos de que no les salpique ni una gota de esa reacción excesiva que ya apunta». Y aquella tarde oímos, del propio Nuncio de Roma, la confirmación de nuestra actitud y la declaración de los temores que la táctica derechista comenzaba a infundirle. Salimos confortados y seguros de aquel paseo. Ya sabíamos de cierto que nuestra profesión de católicos estaba acorde con nuestra profesión de estudiantes. Y continuamos la lucha sin desmayo.

A lo largo de nuestros años de estudiantes, pudimos conocer—con un asco que era una previsión—a muchos personajes de aquella fauna turbia, que, al esgrimir el dogma como cartel político, estaba auxiliando a los enemigos de España y promoviendo escisiones y daños contra su integridad.

Por ejemplo: el día de Santo Tomás, los «Estudiantes Católicos» celebraron la fiesta con actos nada universitarios, pero muy pomposos. Entre otros hubo uno en la Academia de Jurisprudencia, de la que era Presidente—así como Decano del Colegio de Abogados de Madrid—don Francisco Bergamín. Conviene recordar que fué el aprovechado diplomático rojo Ossorio y Gallardo otro de los impulsores del movimiento.

Nosotros—queriendo impedir la definitiva significación política que con el acto ganaba la Asociación—acudimos al promotor para evitarlo. José Antonio y yo usamos de nuestras mejores razones contra la existencia del pleito confesional en la Universidad: «Usted, le dijimos, es Decano de una Corporación—la de Abogados—que no ha sentido la necesidad de añadirse adjetivos. No sé por qué razón los estudiantes han de ser menos profesionales y tener otro valor en la vida española que ustedes mismos, y si usted cree esto no sé cómo puede presidir aquella entidad». Don Francisco se salió por la habitual tangente llamándonos «neutros». Ante aquella inaudita zafiedad impropia de una cabeza inteligente, tuvimos que desistir.

Pero es curioso que mientras, andando el tiempo, José Anto-

nio iba a escribir este testamento cristianísimo y fervoroso y yo iba a conservarme con más seguridad que nunca, gracias a Dios, en mi fe, esos ilustres miserables iban a justificar la juridicidad republicana, iba a servir, uno de ellos, a los rojos y a engendrar otro uno de los más viles monstruos de cuantos tienen a su servicio. ¿Es que se cocía ya entonces la conjura que iba a entregar a España a la desesperación?

Ramón cesa un momento y prosigue seguro y amargo:

Naturalmente, perdimos la partida. La lucha universitaria adquirió cada vez un signo más extremo y las fuerzas exteriores que aguardaban el momento, viendo producida la desunión y los ánimos tensos, se dispusieron a aprovecharlo.

Alguna vez me han dicho, gentes viles de aquellas mismas que abrieron la puerta al cisma, que José Antonio fué el fundador de la F. U. E. Es una cosa que no oigo con paciencia. Soy poco belicoso, pero alguna vez, por esa acusación, me he pegado, literalmente. A José Antonio y a mí nos ha cabido el orgullo y la satisfacción de haber impedido durante tres años que la Asociación oficial se desviase y que la F. U. E. viniese a suplantarla. Durante tres años los estudiantes fueron—por nosotros—estudiantes, y sólo al año de salir nosotros, entró la F. U. E. en la Universidad, con toda su virulencia y todo su encono. José Antonio no fundó la F. U. E., por el contrario, a José Antonio le cabe la gloria, una de sus mejores glorias, de haber recuperado para España, con la Falange, a muchos de aquéllos espíritus desviados por una reacción excesiva, frente a la acción política de los que luego seguirían atacándole a él.

Esta es la historia de José Antonio en la Universidad. Te podría contar anécdotas, detalles... todo sería menos vivo que presentar ante tí el problema que él tuvo que vivir. El temple, el valor, la serenidad, el talento y la elegancia con que vivió aquellas jornadas, revelaban ya al hombre superior destinado para grandes empresas: el hombre que él ha sido.

.....?

—Seguimos la amistad a pesar de partir nuestros caminos al dejar los estudios acabados. Yo hice unas oposiciones, las primeras que se presentaron, y él se preparó, con modestia, con limpieza y con rigor a ejercer su carrera, de la que estaba realmente enamorado.

Instaló su despacho en un pequeño entresuelo de la calle de los Madrazo. Estábamos en plena Dictadura y lo mejor de su esfuerzo lo dedicó a conquistar su posición, con honestidad, con decoro y con una independencia verdaderamente feroz. A los primeros clientes que buscaron en él al hijo del Dictador los expulsó de su presencia con una cortesía terminante. Jamás toleró equívoco alguno. Se preparaba concienzudamente, elegía con pulcritud las causas y estaba lleno de ilusión. Su despacho en aquella época era ciertamente divertido. Cuidaba de la casa un matrimonio, él guardia de Seguridad, que tenía una gran devoción por la familia Primo de Rivera; era extremadamente prolífico: «cada año Dios les obsequiaba con un descendiente», y todos recibían los nombres de José y sus hermanos.

José Antonio sufría todas las incomodidades habituales del

abogado nuevo y tenía ante ellas una paciencia y una honradez sin límites. Esta legión de gentes que viven de la esperanza de un pleito quimérico, de una acción fabulosa, desdeñados a causa de la longitud de su asunto y de su propia pobreza, por los abogados famosos, acudían en plaga a consumir el tiempo del novel.

«Tengo una clientela de locos—me escribía—y gano poco dinero, pero estoy contento». A los portadores de asuntos imposibles los disuadía honradamente, a los que solo eran pobres los atendía y aún llevó a buen puerto algunos de sus pleitos menos fabulosos.

Su prurito de independencia ante su propio nombre disminuía sus posibilidades, pero aquella fué, profesionalmente, una etapa de gran provecho para él. Allí no hizo camino de fortuna, pero se formó tan sólidamente, que poco tiempo después—no me desmentirán los Magistrados ni sus colegas de Madrid—era una figura de primera clase entre los primeros abogados de España.

En aquella primera casa conoció a los que le acompañaron, primero en la profesión, luego en ella y en la Falange, hasta el final: Garcerán, que se presentó a él en una especie de acceso de fe después de oírle informar un día; Sarrión, que frecuentemente era reprendido por su afición a poner siempre sobre la mesa los asuntos políticos—era el fascista de la casa y un bravo tipo—, y a Cuerda, discreto y fiel hasta la última hora.

De esta época de José Antonio tengo un largo epistolario que no pienso escamotear a la curiosidad de los que le quisieron; todo él está lleno del tesón, del orgullo y de la alegría de aquel hombre tan entera y sencillamente entregado a las cosas.

Cuando cayó la Dictadura, muy poco después, José Antonio trasladó su despacho a Alcalá Galiano, 8 y comenzó a trabajar con amplitud. Desde entonces a la época de la Falange, José Antonio, realiza la etapa más brillante de su vida profesional. No obstante, en el auge, se mezclan los disgustos y una amargura que empieza a reclamarle. Durante la Dictadura él se había conservado impecablemente al margen, aunque cumpliendo con sus deberes filiales ante cualquier ataque personal con la rotundidad de la que hay abundantes demostraciones.

En el último tiempo nuestra correspondencia se hizo más intensa y llegó a confiarme algún asunto propio: yo le hice el informe sobre su pleito de Derechos Reales en que sufrió el atropello del Estado. El elaboraba para mí impecables informes de abogado que a veces podía confiarle.

Cuando la angustia de España le hizo asumir la tarea política de fundar y regir la Falange su despacho de Abogado—es decir, su ilusión privada—quedó desatendido casi por completo y empezó para José Antonio otra vida: una vida de riesgos, de agitaciones, de la que, naturalmente, no hay ya ningún secreto que descubrir.

Vivía él por esta época en un chalet de Chamartín de la Rosa, y tenía que exponerse diariamente—en medio de aquel Madrid hostil—a recorrer una larga distancia por despoblado. Cuando José Antonio fué Diputado a Cortes, Pepe Finat y yo le acompañábamos con frecuencia. También le acompañaban siempre los de la Falange. Recuerdo que un día, estando con él en su despacho me dijo: «si no te importa jugarte la vida ven a comer a casa». En efecto, se jugaba la vida cada día, cuando en el coche atravesaba Madrid y los barrios extremos con dos o tres muchachos provistos de armas más o menos aterradoras.

Por fin la exigencia de sus camaradas y el ruego de sus amigos y de su familia le decidió a vivir en la ciudad. Entonces se instaló en la calle de Serrano, en una casa algo destaralada, que poco a poco fué cobrando un aire cómodo y que, poco a poco, también, fué convirtiéndose en cuartel, arsenal y puesto de mando. Vamos—me dijo—a vivir todos juntos. Vamos a pasar en esta casa los malos tiempos.

.....?

En esta época yo vivía más frecuentemente en Madrid y nos veíamos diariamente; antes jamás rompimos el contacto porque o él venía a Zaragoza o yo acudía a la capital. Por cierto no siempre sus viajes a la Capital de Aragón estaban desprovistos de sentido, como te diré luego.

Nuestra conversación ha agotado—hasta algo más allá de la discreción—el tamaño previsto. Aún quedan pendientes algunos temas, ricos en anécdotas, en impresiones y aún en valor político. En el fondo, ni él ni yo queremos orillar estos temas, pero los límites exigen y tenemos que pasar sobre ellos con verdadero vértigo, sin más consuelo que el de una promesa de futuras ampliaciones. Ramón, que hace una hora estaba fatigado bajo el peso de toda una jornada, ha recobrado, tras la conversación, una animada y alegre ligereza que se sostiene, pecadoramente, en el «cualquier tiempo pasado...»

ENAMORADO

—Claro es que la vida de José Antonio no es una vida seca, de libros, golpes, discursos y prisiones. Bajo su coraza temperamental de héroe transcurría una vena de ternura capaz de detenerse en cada cosa: así era ante su familia—recuerdo su especial cariño por Pilar—y así era para con los niños con los que era capaz

de mantener tardes enteras de diálogo. Yo recuerdo que siempre que yo estaba en Madrid él iba a mi casa a visitar a los niños y que los niños—que fácilmente se prendaban de él—contestaban a sus visitas diciéndome, tiempos después, —ya José Antonio preso—cuando paseábamos por la Moncloa, señalando la Cárcel y con su brazo en alto: «ahí está nuestro Jefe».

Y, naturalmente, toda esta savia delicada y humana se le fué a José Antonio—como a cada hombre aunque con más delgadez, exigencia y tortura—tras el Amor. Recuerdo el día que me lo comunicó con un aire endiabladamente adolescente. Y sus frecuentes conversaciones sobre «ella» durante meses y años; los elogios sobre el color, sobre el tamaño, sobre el acento y sobre todo sobre las cartas «que estaban llenas de rigor literario». Recuerdo también sus estratagemas de malhechor furtivo para llegar hasta ella o hacerle llegar la carta o el regalo en la misma capilla del Pilar. Sus lances a lo Romeo y Julieta y sus torturas, vacilaciones, decisiones y nostalgias últimas. Pocas veces se da un hombre portador de tantas cualidades; pero la propia exigencia o la mala fortuna las frustraron para el encuentro definitivo.

PARLAMENTARIO

Nos entretenemos algún tiempo aún en un repaso de anécdotas, confidenciales y rasgos de la vida sentimental. Hay un tránsito brusco tras el azar de una pausa.

—Vamos a acabar con el Parlamento.

—¡En su doble sentido! Es demasiado reciente y, por lo tanto, demasiado abundante el anecdotario político de esta época de José Antonio. Yo pienso recordarlo, con detalle, en el prólogo de los textos parlamentarios que van a publicarse. Solo te diré el asombro que produjo su irrupción—nada reverente—en él y su imposición de nuevos estilos. Nada más llegar comenzó la tarea de higiene. Se produjo el incidente con Prieto. Ante un agravio hecho a su padre por el demagogo, José Antonio saltó elásticamente y la emprendió—con la más firme limpieza—a puñetazos. Los energúmenos se lanzaron cobardemente contra él. Algunos de entre nosotros acudimos a la defensa—recuerdo entre ellos a don Ramiro y a Honorio Maura—; él funcionaba en el tumulto como una máquina de golpear; nos golpeaba a todos: a los cobardes y a los defensores, porque no quería la defensa. Por primera vez, en el Parlamento, —desde Pavía—había alguien que se ponía en razón.

Poco tiempo después—en otro tumulto—requirió a la presidencia «para que nos dejasen pegarnos un día en serio». Un diputado cretino replicó con ese desgarrador zafio propio del régimen: «Tú no pegas ni con engrudo». José Antonio vocalizó a la maravilla un epíteto incontestable y rotundo ante el que no cabía quedar impasible. El diputado avanzó. José Antonio le dejó llegar, en pie tras la barrera de su escaño, y, cuando estuvo a tiro, le lanzó un puñetazo que le hizo ir rodando hasta el banco de los Ministros. Tras esto, sin inmutarse lo más mínimo, le dijo con elegancia: «Deme S. S. las gracias porque, por una vez, y aunque ha sido rodando, lo he hecho llegar al Banco Azul».

Yo me sentaba casi siempre junto a él y tengo el descanso de conciencia de no haberle abandonado—aún contra mi propia disciplina—en ningún momento. El impulso allí una dialéctica nueva, —aparte de la dicha— que ni interesaba a aquellas gentes ni la merecían aquellos oídos. Pasó por aquella morada lamentable sin que le manchase una sola mota de su mugrienta suciedad.

.....?

Condenando violenta y absolutamente la táctica de nuestra minoría, trató siempre personalmente con cariño a casi todos los diputados de aquella, proclamando su honradez y su patriotismo, pero acusando con dureza aquel error político que malograba un instru-



José Antonio a su llegada a San Sebastián, en uno de los frecuentes viajes que realizaba a la capital guipuzcoana.

mento de Gobierno que podía haber sido interesante para España.

Especialmente en los últimos tiempos, Finat, Ruiz Valdepeñas, Ávia, Bermúdez Cañete, Ibáñez y otros diputados jóvenes convencidos de que ya nada había que hacer por vía democrática, nos pusimos prácticamente a su servicio y al de los Generales Franco y Mola.

De haber tenido José Antonio libertad de movimientos, después del Alzamiento, yo estoy seguro de que él, inteligentemente, hubiera ganado rápidamente a las masas católicas de los extinguidos partidos de la derecha española sin otras excepciones que las de quienes doctrinal y temperamentalmente fueran inasimilables para su gran tarea.

Presenté a José Antonio a algunos militares y le proporcioné algunas entrevistas, recuerdo una, con el General Yagüe, en casa de mis hermanos.

José Antonio había comenzado su relación con el actual Caudillo de España en Oviedo con ocasión de ser, los dos, testigos de mi boda. Desde entonces, singularmente en las horas de peligro, tuvieron frecuente comunicación.

En una ocasión, a uña de caballo, con mis hermanos José y Fernando (éste era Secretario de Falange en Palma y muy querido de José Antonio) llevé yo a Franco, que estaba lejos de Madrid, una carta angustiosa de éste.

Eran las vísperas del octubre trágico. Aquí está una copia:

«José Antonio Primo de Rivera.—Abogado.—Serrano, 86.—Madrid, 24 de Septiembre de 1934.—Teléfono 61993.—Excelentísimo Señor D. Francisco Franco.—Mi General: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede; la última oportunidad que me quede de prestar a España el servicio de escribirle. Por eso no vacilo en aprovecharla con todo lo que, en apariencia, pudiera ello tener de osadía. Estoy seguro de que Vd., en la gravedad del instante, mide desde los primeros renglones el verdadero sentido de mi intención y no tiene que esforzarse para disculpar la libertad que me tomo.

Surgió en mí este propósito, más o menos vago, al hablar con el ministro de la Gobernación hace pocos días. Ya conoce Vd. lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky y quien sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerle en España). Los alijos de armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales siguen existiendo. Y composites de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del Ejército regular. Y en manos expertas que, probablemente, van a obedecer a un mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce Vd. el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aún entre la Guardia Civil y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa frívola verborrea del ministro de la Gobernación, y sus tímidas medidas policíacas, nunca llevadas hasta el final). Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión. Cuenta, pues, solo con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto. Pero, por excelentes que sean estas fuerzas, están distendidas hasta el límite al tener que cubrir toda el área de España, en la situación desventajosa del que, por haber renunciado a la iniciativa, tiene que aguarde a que el enemigo elija los puntos de ataque. ¿Es mucho pensar, que en un lugar determinado, el equipo atacante pueda superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver esto no era ningún disparate. Y, seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por sí, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares. El ministro no sé si llegó siquiera a darse cuenta de lo que le dije. Estaba tan optimista como siempre; pero no con el optimismo del que compara conscientemente las fuerzas y sabe las suyas superiores a las contrarias, sino con el de quien no se ha detenido en

ningún cálculo. Puede Vd. creer que cuando le hice acerca del peligro las consideraciones que le he hecho a Vd. y algunas más, se le transparentó en la cara la sorpresa de quien reparara en esas cosas por primera vez.

Al acabar la entrevista no se había entibiado mi resolución de salir a la calle con un fusil a defender a España, pero si iba ya acompañada de la casi seguridad de que, los que saliéramos, íbamos a participar dignamente en una derrota. Frente a los asaltantes del Estado español, probablemente calculadores y diestros, el Estado español, en manos de aficionados, no existe.

Una victoria socialista ¿puede considerarse como mera periferia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciaría la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de invasión extranjera; no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de Patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque, de modo concreto, el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socialismo desciende a la calidad de colonia o de protectorado.

Pero, además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que lo equipara a una guerra exterior: éste: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación probable

mente irremediable de Cataluña. El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado mano libre para preparar los de ataque. Son conocidas las concomitancias entre el socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría que adueñarse del Poder: lo tiene ya. Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña. Irremediablemente, por lo que voy a decir. Ya sé que, salvo una catástrofe completa, el Estado español podría recobrar por la fuerza el territorio catalán. Pero aquí viene lo grave: es seguro que la Generalidad cauta, no se habrá embarcado en el proyecto de revolución sin previas exploraciones internacionales. Son conocidas sus concomitancias con cierta potencia próxima. Pues bien: si se proclama la República independiente de Cataluña no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de eso ¿cómo recuperarla? El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se había declarado libre. España tendría frente así, no a Cataluña, sino a toda la Antiespaña de las potencias europeas.

Todas estas sombrías probabilidades, descarga normal de un momento caótico, deprimente, absurdo, en el que España ha perdido toda noción de destino histórico y toda ilusión por cumplirlo, me ha llevado a romper el silencio hacia Vd. con esta larga carta. De seguro Vd. se ha planteado temas de meditación acerca de si los presentes peligros se mueven dentro del ámbito interior de España o si alcanzan ya la medida de las amenazas externas, en cuanto comprometen la permanencia de España como unidad. Por si en esa meditación le fueran útiles mis datos, se los proporciono. Yo, que tengo mi propia idea de lo que España necesita y que tenía mis esperanzas en un proceso reposado de madurez, ahora, ante lo inaplazable, creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acerremos en el servicio de España.

Le saluda con todo afecto, José Antonio Primo de Rivera. «Rubricado».

Leemos, con un temblor especial, esta carta que es como el hilo de la continuidad en que hoy se mantiene nuestra Fe: Es una carta humana, ceñida y profética—si no cumplida entonces del todo, cumplida hoy con plenitud—. Es, sobre todo, una carta sencilla, emocionada y generosa en la que sólo se pide por España. Una carta de la que todos tenemos que aprender.

La lectura ha sido como un punto final. Después de este gran plato, nuestras palabras apenas lograrían sabor ni interés. Ha entrado en el despacho José Antonio Giménez Arnau. Estamos recogidos en un calor de recuerdos. Hay un momento en que todos estamos a punto de comenzar: «Hubiera sido...»

Arnau corta con entereza: «Matemos la nostalgia para ser fieles». La estatua está presente y mantiene su gesto de dulzura y poder, dando bulto a los mitos.

¡ARRIBA ESPAÑA!

JOSE ANTONIO Y LA VERDAD DE "CARA AL SOL"

por

BOLARQUE.

Entonces nos veíamos todas las tardes. Había caído la Dictadura y estábamos ensayando una comedia. José Antonio era buen actor y hacía los papeles de galán en un teatro de salón.

Una tarde nos dijo: «Me váis a perdonar si faltó veinte minutos al ensayo; tengo un que hacer urgente, pero enseguida vuelvo». Así lo hizo.

Al día siguiente nos enteramos que en esos veinte minutos había abofeteado a una persona que se atrevió a molestar a su padre.

Al volver al ensayo nadie le notó la menor excitación y siguió ensayando como si nada le hubiera sucedido. Esta fué, sin duda, su primera actuación en la calle en la que, como todas las que le siguieron, se produjo con la mayor arrogancia y movido por una causa noble.

Dejamos una temporada de vernos con frecuencia hasta que, en las inolvidables reuniones de «La Ballena Alegre», volvimos a estar juntos casi todas las noches.

Entonces el amigo era ya el Jefe.

Un día me dijo: «Luis, Falange necesita un himno; los nuestros mueren todos los días en las calles de España y es preciso que tengamos una canción que nos lleve alegres y decididos al combate. Te encargo a tí que la busques».

La canción estaba ya hecha. Algún día se podrá contar cómo, cuándo y en qué circunstancias fué compuesta.

Inmediatamente, sin letra todavía, la tararé ante todos los amigos y fué aceptada por él con entusiasmo. Esto es lo que yo quería; ni más corta ni más larga y de ese estilo militar.

Ya han contado Agustín Foxá y Jacinto Miquelarena en sus últimos libros todo lo que se puede decir hasta ahora de las dos memorables sesiones en las que se puso letra al Himno de Falange. Como se había fantaseado mucho acerca de esto, conviene restablecer la verdad y decir, porque es de justicia, que «Cara al Sol» es exclusivamente obra de José Antonio. Si bien es verdad que todos pusimos en él nuestras manos, no es menos cierto que la mayor parte de los versos son de José Antonio y que los que no son suyos fueron incorporados por él al Himno después de rechazar otros muchos. Hasta aquí impuso su autoridad de Jefe y su cuidado por la Falange.

Son suyos los primeros del Himno. Los hizo en la primera reunión. Recuerdo que dió un salto inmenso, desde el sitio donde estaba hasta el piano, me entregó el papel, donde acababa de escribir unas palabras, y me dijo, lleno de entusiasmo: «Canta ésto; veamos si los acentos están bien». Y por primera vez en la vida se escuchó la primera estrofa del Himno que luego había de pasar a la Historia.

Son suyos también aquéllos que dicen: «Volverán banderas victoriosas...» Estos los hizo en la segunda reunión.

Poco tiempo después dejé de ver al amigo. Se lo llevaron. ¡Quién me iba a decir que para siempre!

Todavía pude hacerle un servicio. Días antes del asesinato de Calvo Sotelo me llamó una noche, a última hora, su hermano Fer-

nando. Había que desfigurar a José Antonio para intentar su fuga de la cárcel; se necesitaban antes de las ocho de la mañana, unos bigotes y unas cejas. José Antonio apenas las tenía y quedaba completamente desfigurado cuando se las colocaba en nuestras



funciones. Nadie mejor que yo las podía pedir sin que se sospechara. Así lo hice, pero... vino el asesinato de Calvo Sotelo, el encarcelamiento de Fernando, las persecuciones, la guerra, y la noticia incierta, siempre rechazada por nuestro deseo, de la muerte del Jefe. Todo había fracasado, todo menos su deseo de la mayor gloria para España, como escribió de manera profética, en las estrofas de «Cara al Sol».

Conozco una carta suya, tal vez la última que haya escrito, en la que dice a sus hermanos: «Acepto la muerte con alegría porque no sé si en otra ocasión estaré mejor preparado». Así empieza la carta, poco más o menos. Yo aseguro que no pude terminar su lectura de pie. ¡Qué temple! ¡Qué desprendimiento!

Supo ser arrogante en todos los momentos y al buscar la gloria para su Patria él la alcanzó, y la inmortalidad.

JOSE ANTONIO EN "LA BALLENA ALEGRE"

por

SAMUEL ROS.

He oído decir a mucha gente, aún con dos mares por medio: «los que tomábamos café con José Antonio...» y sin embargo, con José Antonio tomábamos café muy pocos, allá en el sótano de un café de Madrid que se llamaba «La Ballena Alegre» y que hoy se llama por gracia de Eugenio Montes, la catacumba de la Falange.

A mí jamás me ha chocado la inexacta amplitud de la frase, porque sé que la Ballena como la Historia tiene vientre profundo y porque quien haya tomado alguna vez café, como Dios manda, puede hoy decir con rigor que lo tomó con José Antonio, si así cumple el sentido metafísico que al tomar café da el español.

La vida como la Opera se va muchas veces a los sótanos y a las guardillas en busca de categoría y por esto la Falange que es vida y es ópera se enterró en busca de la suya. Desde lo profundo del surco la semilla ve la flor, como la torre ve dentro del día la estrella y como José Antonio veía a España desde «La Ballena».

Era «La Ballena» un cuadrado irregular no muy amplio, con un diván corrido por toda la pared; con pinturas murales buenas hasta donde lo decorativo puede llegar; con un reloj de pie de agradable metal; con un espejo brumoso y con un barco velero en miniatura suspendido del techo. Tenía algo de museo porque con elegancia de juego iba hacia lo definitivo y tenía el aire y el color de lo romántico, solo en el punto y en el momento de lo que aspira con fuerza a ser clásico.

En la breve escalera de madera sonaban los pasos de José Antonio de una forma singular. Yo que siempre fié en la buena estrella de nuestro Jefe, al oír sus pasos en aquella caja de resonancia sentí más de una vez el calofrío de lo fatal, porque todas las escaleras tienen algo de dentadura de la tierra mordiendo al hombre y aquella... aquella esca-

lera mordía a José Antonio como enamorada de su naturaleza nacida para fronda.

Se sentaba entre nosotros como cerrando el abanico de sus muchas direcciones en la única y sabia dirección de hombre y amigo, pero el diálogo volvía a abrir el abanico de su temperamento como una rosa de todos los vientos con nortes y contra nortes.

La voz de José Antonio era la voz que enamoraba a una juventud destinada a enamorar una Patria, y era la voz que iba a equilibrar el desequilibrio en la magia de este difícil milagro: realidad lo mismo que poseía y trabajo lo mismo que honor y amor lo mismo que sacrificio.

En los diálogos de «La Ballena Alegre» se incubaba el sueño de lo que hoy es casi realidad... y digo casi para dejar abierto a la superación el horizonte huidizo del perfecto anhelo.

Y como todos los temas tenían un propósito, sin hablar de política se hablaba y se hacía política. Más cerca de ella cuando más lejana nos parecía estar; de tal forma que el soneto presagiaba y presentía las escuadras del combate militar y la anécdota histórica levantaba brazos en apartadas provincias y bordaba flechas rojas en camisas azules—con finas cosquillas del corazón—allá donde España fué imperio y allá donde yo con ojos de despertar iba a ver el sueño en carne de realidad.

Arriba y afuera la vida era sucia y mezquina como son las vidas que pactan en cada hora, por eso en el vientre de «La Ballena» se forjaba el gran estilo de la intransigencia que hoy encontramos convertida en la espada de Franco.

Figuras en marcha de aquel museo son Eugenio Montes, Jacinto Miquelarena, Luis Bolarque, Luis Peláez, Agustín Foxá, Dionisio Ridruejo, Víctor y Luis de la Serna, Javier de Salas, Antonio de Obregón, Juan Cabanas y Juan Antonio de Zunzunegui.

Figuras quietas de aquel museo, animadas por el pensamiento son Julio Ruiz de Alda, Fernando de la Quadra Salcedo, Alfonso Ponce de León y Vicente Sarrión.

De intento quedan en el olvido y esperanza queridas figuras de aquel museo, en el incierto nimbo de la ausencia. Además... sólo nombro a algunos porque la puerta de «La Ballena» era tan ancha que queda abierta a la verdad de todos los que dicen que tomaban café con José Antonio, el café metafísico del deseo, que es hoy el que sirve y es el que salva.

Había en «La Ballena Alegre» un reloj, un navío y un espejo. Tiempo, singladura e imagen: la propia eternidad de José Antonio.



José Antonio dirigiéndose al Gobierno de la República, durante la gran manifestación celebrada en la Puerta del Sol a raíz de los sucesos de octubre del 34.

JOSE ANTONIO EN LA CARCEL MODELO, VISTO DESDE EL OTRO LADO DE LA REJA

por

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL.

Había dejado en su casa la comodidad, el peligro en la calle, el tedio en el Parlamento, el aseo en el aire. Pero en la celda en que ingresara para no salir más, entraron con él la alegría del sacrificio por España, la serenidad del Genio, la elegancia del hombre de mundo, la inmensa flor inmarcesible del más maravilloso Destino humano que ha conocido nuestra época.

Quienes por desgracia no fuimos elegidos por la Providencia para compartir con JOSE ANTONIO la claridad de la celda iluminada de su presencia, teníamos cada hora en la calle envidia de los afortunados que le acompañaban. Nuestras mañanas libres de los días de fiesta eran para nosotros más soleadas cuando lo- grábamos verle después de larga espera en tensión, en la cola entre insultos de los guardias de Asalto.



Entierro de un camarada caído. José Antonio asiste a todos estos actos dramáticos, de una emoción entrañable, en los que se va templando el espíritu apasionado y combativo de la Falange, que guarda el recuerdo de sus muertos como su más alto honor y la raíz de su existencia.

JOSE ANTONIO tras la reja, con su mono azul y sus flechas, era—más que nunca—la imagen de la Liberación próxima. Ni un momento de mal humor, ni una protesta. Siempre el consejo prudente, la arenga sobria, la palabra cariñosa de condolencia por nuestra pena de estar libres. Siempre la preocupación por los camaradas de las galerías de comunes:—«No quiero más cigarrillos, no quiero más libros, no quiero más licores, no quiero más dulces. Los de arriba no tienen nada de eso. Atendedlos a ellos».

El día de San Isidro, Patrón de Madrid, concededor del amor de JOSE ANTONIO por las tradiciones de nuestro pueblo, le llevé cinco kilos de las clásicas rosquillas del Santo que acogió con algazara infantil. Al domingo siguiente supe por él mismo que solo había comido y dado a comer a los que con él se hallaban en «políticos» una rosquilla, enviando las restantes a los de la galería de comunes, con la recomendación a sus escuadristas de repartirlas con cualquier madrileño preso, aunque fuese de la F. A. I.

Otro domingo, Pilar le entregó un álbum de autógrafos de una muchacha inglesa—creo que la hija del Embajador en Madrid—que deseaba un pensamiento de JOSE ANTONIO. JOSE ANTONIO trazó su firma enérgica de un sólo rasgo de pluma. De ese rasgo sin un titubeo del pulso, que tanto conmueve en sus escritos últimos. Y encima, de una rectitud pasmosa, cuatro rayas horizontales y cuatro verticales con lápiz rojo, cruzando toda la página.—«¿Qué haces JOSE?»—preguntó Pilar.—«Poner un pensamiento mío... y por mío tachado por la censura. Y además, para que no se diga que no soy galante, mandarle un retrato a esa chica. «José Antonio Primo de Rivera, detrás de las rejas de la cárcel».

Se quedó pensativo un momento y enseguida empezó a hablar conmigo de temas literarios:—«Me da el corazón que vas a venir pronto a la cárcel. No creas que perderemos el tiempo. Tengo el asunto de una comedia magnífica y unas ganas locas de escribirla. Pero soy incapaz de dialogarla. Tú me ayudarás».

Como yo me riese diciéndole que era imposible que un conversador como él no supiera dialogar, contestó rápido poniendo la mano sobre el hombro a Rafael Sánchez Maza, que, muy próximo a él, hablaba incansable con una visitante:—«¿Qué quieres...? aquí, Rafael se lo habla todo..... Es el as del monólogo». —Y los dos reían, empezando una cordialísima escaramuza de agudezas.

(Por desgracia no llegó nunca mi ocasión de colaborar en una obra teatral con JOSE ANTONIO, ni siquiera la de que me contase el asunto con el que estaba tan entusiasmado).

Otro día decía:—«Lo que más me gusta de la cárcel es ver que toda la Falange tiene novia, que viene a pelar la pava en la reja. Yo no la tengo porque ya soy viejo, pero me consuela de ello que las de los camaradas, vienen todas a charlar conmigo un rato. Menos Amelia—y señalaba el rincón en que se hablaban Ruiz de Alda y su mujer—que no hay modo de hacerle terminar su eterno cuchicheo con Julio cogiéndole las manos».

Y otra vez, como yo le comunicase mi nostalgia—y la de todos cuantos andábamos aún por las calles cargadas de odio marxista



En el patio de la cárcel de Madrid. Las persecuciones de que se le hace objeto, las amenazas y los atentados, no abaten el ánimo del Fundador de la Falange. En las horas de encierro, siempre iluminadas por las más claras esperanzas en el porvenir de su Patria, conserva su aire jovial, decidido y optimista, que en las horas de adversidad era el mejor estímulo para sus camaradas.

—me dijo en voz alta y enérgica:—«Cuidado. Te lo advierto a tí y a todos los que estáis libres. En Falange, la calle como la cárcel, el Hospital o el cementerio, no es sino un puesto de servicio del que no se puede desertar. No quiero ni un preso más. Tan solo hay una razón para que os acoja aquí con júbilo: El cumplimiento de una orden mía capaz de salvar a España. Si alguno viene por motivo que no sea ese, usaré de toda mi autoridad de Jefe Nacional de Falange Española de las J. O. N. S. para hacerle poner inmediatamente, de patitas en la calle».

Así le he visto siempre en su prisión. Humano y alegre. Cordial e ingenioso. Maestro de virtudes sin tono doctoral. Iba hacia la Gloria infinita como a dar un paseo cara al sol. Su voz lanzaba el último Arriba España confortador a los que salíamos preocupados de la cárcel a una libertad ficticia sin honor y sin goce. Allí quedaba JOSE ANTONIO. Al alejarnos, íbamos tristes y callados. Con la obsesión de su suerte y de la suerte de España. Con una mística tal por JOSE ANTONIO, que hacía decir una mañana a un camarada cogido de mi brazo, calle de la Princesa arriba:

—No sé si será blasfemia. Pero cuando me aparto de JOSE ANTONIO siento ese miedo y ese vacío angustioso que dicen sintieron los apóstoles al perder a su Maestro.....

APOLOGIA DE UN AMIGO QUE AUN NO ERA CORRELIGIONARIO

por

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA,

AGRADEZCO sinceramente a la dirección de la revista «Y» esta ocasión que me da para hablar de José Antonio y—lo que más me place en el requerimiento—de mis relaciones personales con él. Hoy le admiran todos, llegó a ser en vida y sigue siendo después de su martirio el ídolo de multitudes juveniles exaltadas de patriotismo y justicias totalitarias, a la hora presente muchos se vanaglorian de su intimidad:—«Aquella tarde en el Café de Recoletos me decía José Antonio... o «Cuando yo estaba con José Antonio en la Cárcel...»—, pero en realidad fuimos pocos los que gozamos de su amistad estrecha y estuvimos con él en la Cárcel.

Cuando el General Primo de Rivera dejó el Gobierno, apenas conocía yo a José Antonio. Se había formado en torno a la figura del que poco antes regía en dictador los destinos nacionales una campaña rencorosa y vil donde se volcaron todos los calumniadores de oficio en la cobarde y fácil tarea de hacer leña del árbol caído. Se elaboraba al mismo tiempo la revolución contra la Monarquía y el escándalo en los periódicos republicanos e izquierdas llegó a términos de procacidad tales, sobre todo contra el Dictador, que ni aún pueden explicarse todavía por la inhibición de unos gobiernos que pretendiendo derivar a un régimen democrático y liberal, vivían sojuzgados por la anarquía y el libertinaje. La situación de José Antonio Primo de Rivera con su padre enfermo en París e injuriado a diario en los periódicos de España, era difícilísima. Si andaba todos los días a golpes podían calificarle de violento y arbitrario y si se resignaba, de cobarde. El resolvió todas las contingencias con una elegancia y dignidad tales que si no hubiera tenido posteriormente tan brillantes actuaciones, aquella sola bastaría para acreditar su talento y su corazón. Daba bofetadas cuando hacía falta, pero jamás dió una que no estuviera justificada. Respondía públicamente y con la máxima gallardía al insulto personal y guardaba respetuoso silencio ante las críticas al político. Algunas veces, frente a un razonamiento respetuoso contra algún aspecto de la obra de la Dictadura, sonreía con escepticismo sin dejar traslucir lo que pensaba para sus adentros. Porque José Antonio—y esto lo igno-

ran quienes no le trataron a fondo—era uno de los hombres más ponderados que han existido en la política española. Ponderado hasta en la violencia. Alguna vez he dicho que sus mayores violencias fueron siempre más inteligentes que pasionales.

Yo estaba conmovido y admirado por aquella actitud de buen hijo, tan gallarda e inteligente a la vez, con que resolvía su difícil situación un hombre de veinticinco años. Y, cuando apenas le conocía, se lo dije en una carta volcando mi corazón. No le sorprendía que un extraño hubiera podido comprender y sentir exactamente sus angustias de aquella hora, porque—decía—«tú también has sabido ser buen hijo». Terminaba: «tu amigo para siempre» y aquella carta suya, que ató con la mía los primeros eslabones de nuestra amistad, ostentaba por pura coincidencia una fecha histórica para España e inolvidable para él: 16 de Febrero de 1930. Un mes después de escribirme José Antonio, fallecía en París el General Primo de Rivera. Tal coincidencia reforzó nuestro naciente afecto, que rubricamos dos días después en la Estación del Norte con un emocionado abrazo, me preció de creer que uno de los más efusivos dados en aquel trance por José Antonio, ante el cadáver de su padre. Desde entonces nuestro trato frecuentísimo no se interrumpió nunca. Poseía entre todas sus excelsas cualidades las de ser humano, cordial y alegre. Desde distintas trincheras hemos luchado los dos durante seis años contra la misma podredumbre que ahora está barriendo el Ejército. Juntos nos tuvo en la cárcel durante el verano de 1932 la arbitrariedad rencorosa de Casares Quiroga y a mi lado le tuve con Ruiz de Alda y sus incipientes huestes de La Falange durante aquella huelga de 1934 en que todo Madrid era para mí un parapeto.

Justo un año antes, en Marzo de 1933, cuando aún no existía La Falange, José Antonio y yo habíamos discutido públicamente en una polémica periodística que no dudo en calificar de ejemplar por la cortesía y cordialidad con que fué planteada y mantenida. En A B C se había publicado un artículo atacando al Gobierno Azaña por la recogida arbitraria del semanario EL FASCIO y

protestando al mismo tiempo contra «las amenazas y coacciones intolerables del socialismo frente a la lícita propaganda de los partidarios del fascio». Señalábamos en el mismo suelto la objetividad de nuestro criterio, fundándolo en que no éramos fascistas. Replicó José Antonio: «Me duele que A B C, tan admirable diario, despache su preocupación por el fascismo con solo unas frases desabridadas en las que parece entenderlo de

manera superficial» (1).

Le contesté y comenzó la cordial polémica. José Antonio defendía una doctrina; yo

José Antonio haciendo ejercicio de tiro durante una de sus frecuentes excursiones a Gredos

atacaba una táctica. Su primera misiva terminaba así: «Cierro esta carta, no con un saludo romano, sino con un abrazo español. Vaya con él mi voto porque tu espíritu tan propicio al noble apasionamiento y tan opuesto por naturaleza al clima soso y frío del liberalismo, que en nada cree, se encienda en la llama de esta nueva fe civil, capaz de depararnos, fuerte, laboriosa y unida, una grande España».

Era un requerimiento que yo no recogí entonces.

Pasaron los meses y los años

La Falange hizo en junio de 1934 una concentración de fuerzas en Carabanchel Alto, en las proximidades del aerodromo de Cuatro Vientos, alrededores de Madrid. José Antonio decidido y con un magnífico gesto de entereza, se hace absoluto responsable de la concentración ¡Y recordemos el ambiente de entonces, plagado de asesinos protegidos desde las esferas oficiales!

(1) Las cartas públicas entre José Antonio y yo, están publicadas en el libro «Hacia la Historia de la Falange» de Sancho Dávila y Julián Pemañán.

sin que nuestra cordialidad se interrumpiera nunca. Fundó él La Falange. Seguimos, cada uno desde nuestra trinchera, luchando contra los mismos enemigos. La república se desprestigiaba día a día entre las ferocidades de «los auténticos» y las fofeces de la táctica radical-cedista. Y llegó con las elecciones de Febrero del 36, la barbarie marxista erigida en sistema de gobierno. Comprendí entonces la razón plena de mi amigo y meses antes de comenzar nuestra Cruzada contesté a su requerimiento de tres años antes, haciendo llegar hasta su celda mi efusiva adhesión. El 25 de Mayo, José Antonio me respondía desde la Cárcel: «Mil gracias por tu carta. Tienes razón cuando invocas nuestros sentimientos comunes de hombres civilizados. Este es un espectáculo de barbarie nada sorprendente para quienes creemos en la necesidad de un orden nuevo y sabemos que el vigente no es más que un vivero de injusticias alternativas. Pero es bueno, siquiera, esto de sentirnos en la incomodidad (todavía me parece demasiado pomposo llamarlo persecución) porque en este aprendizaje nos hacemos fuertes para derruirlo y alzar sobre su ruina la España que quiere la Falange: una, grande y libre». Esta carta fué nuestra última relación personal. Hoy ya está en las estrellas y desde su luz se ilumina la tierra de esta España a la que tanto amó con el resplandor de aquel ideal de unidad.

¡José Antonio! ¡Presente en el afán de tus centurias y en el corazón de tus amigos! Guardo como una reliquia tu carta última donde me hablabas de la comunidad de sentimientos entre los hombres

civilizados frente a la barbarie. Es la clave de nuestra revolución nacional; comunidad, es decir: unión. Unión de todas las clases y de los españoles todos por encima de las clases, fundidas y apretadas como en un haz por el supremo interés de la Patria. Haga el cielo que cuando vuelva a reir la Primavera y las banderas victoriosas retornen, no se turbe ya nunca la paz entre los españoles que hoy gritamos juntos, con los bárbaros todavía enfrente: ¡Viva España y Arriba España!

JOSE ANTONIO Y SU HERMANO FERNANDO

por

EL DOCTOR PARDO

Nos conocíamos de antes; pero un asunto profesional para los dos, nos puso en contacto más íntimamente, y en aquellas charlas, en mi consulta de médico, en esas tardes casi noches del invierno madrileño, se afianzó nuestra amistad.

José Antonio mostraba gran interés por la Medicina. Le atraía especialmente la doctrina de las secreciones internas, leída con afán en distintas publicaciones.

Un día preguntaba:—«¿Qué les pasa a los inyectados con adrenalina?, ¿se emocionan de verdad?, ¿qué dicen entonces?»

Y conocidas nuestras respuestas, añadía:

—¡«Quisiera que un día, Fernando me inyectase adrenalina!»

En otra ocasión, era el tema del desarrollo físico con todas sus sugerencias el que le inquietaba:

—«Es curioso poder dirigir el crecimiento. ¡Qué interesante es todo ello!»...

Y su imaginación de poeta se exaltaba ante los experimentos con los renacuajos sumergidos en soluciones de tiroideos para hacerlos crecer con mayor rapidez.

El problema social le atraía profundamente:

—«Los médicos sois—me decía—muy revolucionarios».

Y así planteaba el tema médico-social con su acertada observación.

—«Es cierto lo que me dices—contestaba yo—probablemente hay dos motivos para ello. Los médicos suelen tener una fe muy viva o carecer absolutamente de ella, y de aquí que al estar más cerca que nadie del dolor y de la muerte de pobres y ricos, reaccionen de distinta manera; pero siempre con un fondo de subversión. Si nuestro fin es noble, por encima de la injusticia social atendemos por igual a unos y a otros y consolamos a todos. Si por el contrario les mueve el resentimiento de su fracaso profesional o social—hé aquí el otro motivo—hacen mercancía de ese dolor humano y lo aprovechan para los fines revolucionarios de la más baja clase».

Entonces José Antonio, adivinación e instinto, magnífico de acento y de tono, se exasperaba y prodigiosamente exponía su concepción maravillosamente humana de la justicia social.

A veces, y aquí se me aparecía como todo un hombre, era el tema de su hermano Fernando el tratado por él con profunda emoción.

En una ocasión decía:

—«Cualquiera de estos días vendrá Fernando a verte. Es un chico magnífico, ha hecho rápidamente la carrera de Medicina y creo que ha acertado. ¡Fernando será un gran médico! y para trabajar quiere ir con vosotros a la clínica de Marañón».

Pasados unos meses repetía:

—«Fernando está encantado. Trabaja enormemente ¡es admirable! Me ha dicho que está estudiando el crecimiento experimental de los niños y que pronto hará una comunicación sobre esto».

Después, tras de las rejas en la cárcel de Madrid, se iluminaba su mirada al ver llegar a Fernando, que con su cartera bajo el brazo, llegaba del hospital a comunicarle los resultados de las consignas graves que de él recibiera, al mismo tiempo que le enseñaba las últimas cuartillas traducidas del original alemán de un magnífico libro de Medicina.



José Antonio durante su discurso pronunciado en la Sociedad «La Única»

Cuando la realidad ahora nos dice que a ninguno de los dos los tendremos, cuando la razón me martillea trágicamente que esto es así, quisiera creer que José Antonio me seguirá hablando de todo; pero especialmente de su hermano Fernando: «¡el que era el más valiente!»—«¡el mejor de todos!»; y que a este lo volveré a ver entre nosotros con su mirada dulce, envuelto en su bata blanca, dedicado a la Medicina, que, como insistía José Antonio, también adivinación en este caso, era para lo que había nacido.

En Madrid, José Antonio apadrinó a uno de los niños de Marjorie Munden. El acontecimiento religioso sirvió también para mostrar una vez más el amor que José Antonio dispensaba a los pequeñuelos

La Revista «Y» consagrará próximamente a la ceremonia religiosa, que reproduce esta fotografía, un importante artículo escrito por la madre de los niños bautizados, una distinguida dama inglesa, así como también una abundante información gráfica inédita de aquel simpático acto.



JOSE ANTONIO: EL AMIGO

por

AGUSTÍN DE FOXÁ
CONDE DE FOXÁ.

José Antonio solía decirnos: «A mí lo que me gustaría verdaderamente sería estudiar Derecho Civil e ir a la caída de la tarde a un café o a Puerta de Hierro a charlar con unos amigos».

Toda su vida—heroica, abnegada, llena de fantasía y de ímpetu—estaba impregnada de esta nostalgia un poco entre burgesa y literaria, del trabajo metódico y de la charla íntima.

Se daba cuenta, sin embargo, de que estaba marcado ya por el destino, de que ya no era posible retroceder, de que tenía que renunciar a todo.

Y esta pesadumbre amarga de su responsabilidad, era la que ponía melancolía en su mirada.

¡Tragedia de las vidas hermosas y arriesgadas! El hombre vulgar, que lee estas vidas al amor de la chimenea encendida, rodeado de sus hijos, o degustando el coñac con los buenos amigos, ignora, seguramente, que el gran hombre a quien envidia hubiera sido también feliz con esa vida sencilla y que si quedó solo, en la intemperie de la noche y de los combates, fué rasgándose el corazón.

Porque hay que escoger entre la Obra y la Felicidad. Y José Antonio optó por la primera. A todos nos gustaría conquistar el Perú, pero a condición de poderlo contar aquella misma noche a los amigos.

José Antonio era un amigo magnífico, lleno de humor, de imaginación, de ironía, de frases; cogía una conversación a ras del suelo y la elevaba, sin pedantería, hasta las nubes.

A veces era algo arbitrario y un poco cruel, pero reaccionaba enseguida con desbordante generosidad.

¡Lo he conocido en tantos sitios y en el mismo lugar a horas tan diferentes!

—«Nunca hemos estado aquí—me decía una vez en la Tasca—porque ayer estuvimos de noche y hoy entramos por la mañana. El tiempo debe tener la misma categoría que el espacio. Se está en otro sitio, aunque sea el mismo, cuando en él se penetra a hora diferente».

Le gustaban mucho estas sutilezas y juegos de espíritu.

Yo lo recuerdo en «La Ballena Alegre», debajo de los cetáceos azules, en caricatura, con su copa de anís en la mano, hablando del tamaño de la luna, de literaturas exóticas, de Florencia, de cacerías.

Y en las medioevales cenas de Carlomagno, mundano, de smoking entre las velas encendidas del Hotel de París, redactando un telegrama de invitación al alcalde de Aquisgram, paladeando con citas de Plinio, una sopa de tortuga.

Frecuentaba los salones; lo recuerdo bajo las pantallas verdes y el óleo de la duquesa Leticia. Allí leíamos comedias, versos. José Antonio hablaba agudamente de política. Aunque no eran aquellos sus temas preferidos. Describía los Partidos centristas.

—«Quieren hacer en frío lo que nosotros hacemos en caliente. Son como la leche esterilizada, no tienen microbios pero tampoco vitaminas».

Tenía una gran vocación literaria y se ufana de los cinco capítulos de una novela suya que no terminaría nunca.

A veces, en el seno de la confianza, nos leía sus trabajos. No olvidó su alegría cuando nos leyó la carta que dirigía a Ortega Gasset, ecuaníme, noble, lleno de admiración hacia el viejo Maestro.

—«Cuando vea el desfile de nuestras Falanges, don José tendrá que exclamar: ¡Esto es, esto es!»

Y luego las excursiones. Tenía un auto pequeño que él mismo conducía y huíamos del Madrid plebeyo, dominguero, lleno de humos, de nieblas, de cigarrillos, de cines, de grises muchedumbres vomitadas por el Metro, de cafés, de arrastres de pies, de ciegos con bandurrias, de vendedores de loterías o piedras para los mecheros.

El no amaba el tipismo cochambroso, galdosiano, de la vieja España.

José Antonio con sus amigos se iba los domingos al campo y a las viejas ciudades.

¡Lluvia triste del canalón de la Catedral de Sigüenza, hecha espuma sucia, en la boca diabólica de la gárgola! El coche de José Antonio corre por los fríos descampados de la meseta de Barahona, donde el vuelo aviador de las avutardas, dá origen a leyendas de brujas, atisbadas desde las campanas de la Catedral.

Allí hay un viento marinero que nace de las salinas y penetra en las iglesias. Altares de Puerto de Mar como los de la Catedral de Palma.

En el Hotel comemos con José Antonio unas codornices de trigo y surco, engrasadas por un tocino de rubia corteza.

A José Antonio le gustaban los buenos platos, el vino de la tierra y las conversaciones. El no quería una España triste y aburrida. Decía en broma:

—«Queremos una España faldi-corta».

Al fin de la comida se acercó a nuestra mesa el camarero. Nos dice que unos muchachos quieren saludar al Jefe. Son muy pocos. Quince o veinte. Los únicos Falangistas de Sigüenza. José Antonio se frota infantilmente las manos; exclama dándonos palmadas en los hombros:





Gozando del aire y del paisaje, la Falange escogía bellos lugares naturales para sus reuniones. Hay una actitud deportiva y juvenil en todos estos camaradas que se reunían en las horas difíciles para estudiar las más inteligentes posturas en la lucha del combate español. Al lado de José Antonio, entre otros viejos camaradas, puede distinguirse a Raimundo Fernández Cuesta, Ruiz de Alda y Luna

En auto marchamos bajo la luna a contemplar el Alcázar. Se le caló el motor. Le dijimos en broma:

—«Cuando triunfes no te podremos llamar «Duce» o «Conductor», porque lo haces bastante mal.

—«En efecto. No es mi fuerte».

Daba la luna en las torres de pizarra; a nuestros pies el río y el fresco frutal de los árboles. Parecía el Alcázar un dibujo de Gustavo Doré.

José Antonio, ganado por el ambiente, traicionó sus tendencias clásicas.

—«En el fondo, ésto es lo nuestro; el Partenón está demasiado lejos; es simplemente arqueología».

A la vuelta a Madrid se iba durmiendo sobre el volante. Se golpeaba la frente. Fué un verdadero suplicio. Al llegar a Rosales me dijo:

—«Por nada del mundo volvería ahora a la Granja».

Le respondí:

—«¿Ni por un millón de pesetas? ¿Ni por un gran amor?».

—«Ni por eso».

—«¿Por el triunfo de la Falange?».

Afirmó rotundo:

—«Por eso sí, ahora mismo».

Y así, bajo las encinas monárquicas del Pardo, y otra tarde junto a la piscina en piedra labrada de don Alvaro de Luna, y en Cadalso de los Vidrios, y en el atardecer,

con olor a césped regado, del Polo de Puerta de Hierro y en la barra de Bakanik antes de cenar.

Algunos le criticaban ésto último y él protestaba.

—«Un obrero después del trabajo puede irse con sus amigos a una taberna y a mí me critican porque voy con los míos a un Bar».

No es posible encerrar en un artículo todas las sugerencias, las frases certeras, las metáforas, con que José Antonio nos regalaba en la intimidad.

Yo solo sé que los conceptos más fundamentales de mi vida sobre la Patria, la Religión, el amor, la literatura o el matrimonio, a él se los debo. Que mejoró mi espíritu, lo maduró y me salvó del peligro de las tertulias derrotistas y soviéticas, que nos acechaban. Por ello mi agradecimiento entrañable.

José Antonio, sin proponérselo, convertía a sus amigos en discípulos suyos. Yo antes que Falangista, fui amigo de José Antonio; ya sé que para los teóricos puros, para los que ponen a la razón y la doctrina por encima de todo, esto constituirá un reproche.

Pero no es mal camino para llegar a la verdad, este de la amistad y el afecto; yo lo prefiero.

José Antonio no olvidó nunca a sus amigos. En la soledad de su celda de Alicante, rodeado por un mar de odio, tuvo el pulso sereno para escribirles cartas llenas de serena conformidad y aliento.

Nosotros no lo olvidaremos nunca. Pasarán los años; cambiarán las ideas, es posible que haya nuevas fórmulas políticas. Pero yo guardo avaramente, para mi vejez, estas palabras que me llenan de orgullo y que nadie podrá arrebatar-me:

—«Yo fui amigo de José Antonio».

—«Ya empezamos a ser conocidos».

Luego paseamos bajo la lluvia. Un camarada mantiene el paraguas abierto sobre su cabeza. Son los días de la guerra de Etiopía. Le decimos en broma. «Pareces el Negus». Se ríe.

Entramos en la Catedral. Rafael ha inventado una teoría con el sepulcral doncel de alabastro, que lee su libro de piedra a la luz de las vidrieras. José Antonio la amplifica.

«El doncel fué un Falangista del siglo quince. Un señorito, que dejó de jugar a la pelota en las paredes del palacio de su pariente el Obispo para irse a la guerra de Granada y morir ahogado entre las huertas».

Rafael añade:

—«Se fué con los hombres del pueblo, con los toscos y sencillos guerreros que bajaban de Soria, todavía vestidos de lana».

Y José Antonio propone que la Falange de Sigüenza lleve la imagen del doncel sobre su bandera.

Yo, desde estas líneas, suplico a nuestro Jefe Nacional y a Raimundo Fernández Cuesta, que sea realidad aquel deseo.

Volvemos en un vagón de tercera. Nos despiden brazo en alto—¿qué fué de ellos durante los meses del dominio marxista?—los Falangistas de Sigüenza.

Otro día vamos a Toledo. Ya hemos visitado las acartonadas momias de Illescas, y hemos contemplado los amarillos de tormenta de los Apóstoles del Greco. Bajamos a comer unas perdices a la Venta del Aire. En la sobremesa hablamos del valor.

—«Mi hermano Fernando—nos dice—es el más valiente de la familia».

Le interrumpo.

—«Tú también lo eres».

Me responde, con amistosa timidez:

—«Bah; es cuestión de la adrenalina; yo tengo una reacción lenta».

Así, él tan espiritualista, disfrazaba elegantemente con pura fisiología, su impresionante valentía.

Llegó un crepúsculo frío y rosa, sobre el oro fúnebre de los girasoles de la vega, donde está el Cristo del brazo desclavado.

Arriba, puntiagudo, el Alcázar; abajo José Antonio. No imaginábamos sus amigos, que estábamos contemplando a las dos víctimas más altas de la futura guerra civil. Que las consignas y los sueños de aquella cabeza, endurecerían aquellas viejas piedras, hasta hacerlas invencibles.

Otra tarde fuimos a la Granja. Leímos versos en un bello jardín, bajo unas velas encristaladas, que daban cita a todas las mariposas de los pinares. Allí recitó un joven poeta entonces desconocido.



En esta otra foto vemos también en Gredos y en torno a una mesa con las tazas del café a José Antonio y sus camaradas Julio Ruiz de Alda, Onésimo Redondo y Francisco Bravo.

ALICANTE

por

CARMEN PRIMO DE RIVERA.

Yo estaba en Alicante. Eran los primeros días del mes de Noviembre. Hasta entonces nada había perturbado nuestra personal tranquilidad y cuando ya casi confiábamos en que contra nosotros no iba la furia roja, José Antonio, Miguel y Margot (la mujer de éste) fueron procesados, pidiéndose para los tres la pena de muerte.

Pasamos días de angustia incomparable. En casi todos ellos teníamos alguno que prestar declaración hasta que quedó terminado el sumario. Se fijó la fecha para la vista y José Antonio pidió autorización para ser él su propio defensor y el de sus hermanos ante el tribunal. Después de algunas dificultades, la autorización le fué concedida.

Le entregaron el sumario y en sólo unas horas construyó la más maravillosa defensa que acaso tribunal alguno haya escuchado.

Se formó la mesa y dió principio la vista.

Hasta entonces, todos los juicios se habían celebrado en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento, pero el nuestro se decidió que se celebrara en el Salón de Actos de la Cárcel Provincial para evitar el traslado de los procesados. La vista fué pública; Margot estaba con nosotros en el reformatorio y fué conducida a la Provincial durante los tres días que duró la causa.

No hay nada comparable al sufrimiento de saber que se está decidiendo la suerte de tres personas queridas, cuando esto va unido a estar uno a su vez en prisión. Pasan las horas lentas, sin una noticia, sin una impresión, sin un consuelo... Sólo cuando a la noche llegaba Margot teníamos la información de todo.

El juicio continuaba y así pasamos tres días. Por fin llegó el día tercero. Aquella noche no llegaba Margot. Empezaron las primeras horas de la madrugada y seguía sin aparecer. El más leve ruido nos sobresaltaba, la celadora entraba y salía ocultándonos piadosamente las impresiones que recogía fuera. «Están deliberando»—nos decía. Seguían pasando horas y horas y ya a más de las tres de la mañana llegó Margot.

No nos atrevimos a preguntarle, y ella, sin decir una palabra, entró en la celda, nos abrazó y rompió a llorar. Lo comprendimos todo. Nos dijo como pudo lo que había pasado; después de seis horas de deliberación, al hacer el escrutinio las bolas que decidían la suerte de José Antonio estaban sobre la mesa: todas eran negras.

«José Antonio ha estado maravilloso, como nunca,—nos dijo—no podéis figuraros con la atención y el respeto que el público le escuchaba; se ha ganado todas las simpatías del pueblo. Cuando vió—seguía contándonos Margot—que sólo sobre él caería la pena de muerte, se volvió a nosotros y con una alegría infinita reflejada en el rostro nos dijo: vosotros estáis salvados...»

Al día siguiente intentamos por todos los medios a nuestro alcance conseguir el indulto. Nos decían que querían salir manifestaciones pidiendo su perdón.

* * *

El Director de nuestra cárcel nos dijo que José Antonio había pedido tres cosas en caso que se llevara a cabo la sentencia: un confesor, que le permitieran despedirse de su familia, y un notario. Las tres cosas le fueron concedidas. Le pedimos al Director que sólo en último extremo fuera a sacarnos de nuestra cárcel para evitarnos lo que con razón considerábamos dolorosísimo. Se-

rían las nueve de la noche del día 19 de Noviembre, hora a van zadisima en una prisión, cuando sentimos unos ligeros golpes en la puerta de nuestra celda. «Prepárense ustedes—se nos dijo—para ir a la Provincial». Comprendimos que la sentencia había sido confirmada.

«Entonces, ¿es que ya no hay esperanzas...?»—le dijimos.

«Todavía no se sabe... pero

es preferible que vayan ustedes, ya que la autorización es para hoy».

No nos convenció, pero tratamos de engañarnos unas a otras. Yo, acaso la más cobarde, no pude contener mis lágrimas.

«No llores,—me decían—le harás pasar mucho peor rato a



En el aniversario de la muerte de don Miguel Primo de Rivera, José Antonio, en compañía de sus amigos, realiza una visita a la tumba donde reposan los restos de su padre.



Foto Iago.

José Antonio», y haciéndome la fuerte salimos para la Provincial.

Siempre es una cárcel un sitio impresionante para cualquier persona que no esté acostumbrada a frecuentarla, pero lo que fué para nosotros aquella noche no es fácil de explicar.

Entramos por la puerta medio cerrada y atravesamos las galerías y el patio central. Unas luces tristes alumbraban los sitios por donde pasábamos, reflejando sombras extrañas sobre las paredes. Ibamos acompañadas de dos hombres.

«Esperen aquí»—nos dijeron—y nos metieron en una habitación. Al cabo de poco tiempo vinieron a buscarnos y nos internaron aún más en la prisión. Llegamos a una celda donde había una cama, y no habían transcurrido dos minutos cuando vimos aparecer al fondo de la galería a José Antonio que venía en dirección a nosotros con un miliciano rojo a cada lado y varios más detrás.

Es imposible decir con palabras la impresión de esos momentos. No existe ninguna que lo pueda expresar. El hermano, a quien adorábamos, venía hacia nosotros por última vez, imposibilitado, a pesar de su talento y de cuánto valía, de salvar su propia vida.

Al vernos, sonriente, y sin perder ni un momento la serenidad, nos abrazó a las tres. Yo, entonces no pude dominarme más y loca, entre el esfuerzo que venía haciendo y la emoción enor-

me, rompí a llorar. El me besó con toda su alma, mientras me decía: «No llores, Carmen, todavía hay esperanzas...» «No es posible... José,—le dije yo—no es posible que puedan hacer eso contigo».

«Es lo natural, han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el Jefe de ellos es natural que caiga también. Pero aún hay esperanzas; tengo tres probabilidades contra siete... pero puede ser...» y vuelto al Director que nos acompañaba le preguntó:

«¿Es que me las trae usted porque me han negado el indulto? Esto me hace pensar que es así».

«No—le dijo categóricamente el Director— aún no ha llegado la confirmación de la sentencia».

Cambió enseguida la conversación y entonces nos preguntó por Fernando. Nosotras no sabíamos que Fernando había sido el primero en dar su vida y como nos habían dicho que estaba en Sevilla se lo dijimos a él así.

«Se ha salvado —repitió— entonces soy yo solo». Esto lo decía con la inmensa alegría de pensar que sólo era él quien debía morir.

Luego volviéndose a tía María le dijo:

«No te preocupes, tía Má, he confesado y estoy muy tranquilo. Ha bajado un sacerdote que está también preso y he confesado con él, además desde que nos metieron en este proceso feroz me estaba preparando por si llegaba este momento y todos los días he hecho oración y rezado el rosario. Además me han dado muy bien de comer, no hay nada como estar condenado a muerte para que lo cuiden bien a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días me han dado sopas de ajo con huevos y una carne estupenda...»

Estaba más delgado. Los rojos que presenciaban la entrevista no perdían una sola de sus palabras y tenían reflejada en sus caras la admiración hacia aquel hombre que, a las mismas

puertas de la muerte, tenía un espíritu tan fuerte y no perdía un momento su valor.

Yo, que conservaba un crucifijo, se lo dí y le dije: «Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la hora de la muerte... te lo traigo por si acaso...»

Lo cogió inmediatamente con verdadero gusto y lo enseñó a los que estaban allí: «Es sólo un crucifijo lo que me ha dado», por si pudieran creer que le dí otra cosa.

«Me alegro mucho porque no tenía»—me dijo—y se lo guardó. Habrían pasado veinte minutos y entonces el Director, que estaba presente, nos indicó que debíamos salir.

«¿Volverán otra vez si la sentencia no se cumple inmediatamente, verdad Director?»—le dijo José Antonio. El Director prometió que sí, aunque estaba seguro de que no volveríamos. Nos volvió a abrazar y mientras él tomaba el camino de su celda, a nosotras nos arrancaban de aquel lugar, y desde lejos con la cara vuelta, nos despedíamos hasta muy pronto...

Al día siguiente, 20 de Noviembre, a las 7 menos veinte de la mañana nosotras mismas oímos la descarga que ponía fin a su vida. El fusilamiento fué en el patio de la Provincial.

Las últimas palabras, cuando momentos antes le fueron a buscar, y al despedirse del Director, fueron éstas: «Director, si algo malo he hecho o le he molestado, perdóneme.»



Doloretas



El antidoloroso Ideal

N
E
M
O



CREMA PARA EL CUTIS «NEMO»

Un cutis claro como la nieve tendrá usando la crema NEMO de los

Laboratorios ENEIDA
Paseo de Colón, 8, entr.

SAN SEBASTIÁN

LA ALGODONERA DE GIJÓN

S. A.

GRAN FABRICA DE
HILADOS, TEJIDOS,
APRESTOS Y TINTORERÍA

LA CALZADA - GIJÓN (ASTURIAS)

ABONOS MINERALES

Superfosfatos - Abonos compuestos
Nitrato de sosa - Sulfato de amoníaco

Dirigir los pedidos a

UNIÓN ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS

Orueta, 6

BILBAO



GARAGE ASTURIAS

(AGENCIA AUSTIN)

ACCESORIOS
LUBRIFICANTES
GASOLINA

SANTA CLARA, 26
OVIEDO

TELÉFONO, 1520

Cañac REGENTE
Amontillado COLÓN

“Manuel Sánchez-Romate”

(Casa fundada en 1854)

Jerez de la Frontera.
(CADIZ)

SASTRERIA Y CAMISERIA

Enrique Pérez Egea

8, Alameda Calvo Sotelo
SAN SEBASTIÁN

Confección suministrando género
al cliente

SUCURSALES EN EIBAR Y TOLOSA

FÁBRICA DE
CHOCOLATES

KIKE

APARTADO 214 - TELÉFONO 2428

GOLOSINAS
(CON LECHE)

KIKE

GIJÓN (Asturias)

°Sidra
Champagne

“VIVA ASTURIAS”

DIRECCIONES UTILES PARA TI...

Oquendo. 2

monic
alta costura
San Sebastian

Roxana
MODAS
Garibay-3-1º
San Sebastian

EISA-B.E.
COSTURA
Avenida 2.ª pral.
TEL. 14143
SAN SEBASTIAN

SESE
MODAS
Alfonso VIII, 3-1º
Telef. 1.21.19
SAN SEBASTIAN

Regina Lopez
especialidad en hechura Sañtre
Echaide-5-4º
San Sebastian

Ulrio Hermanas
sastras - modistas
aldamar, 12-2º
Tel. 1-51-59
San Sebastian

IRMA
sombreros
San Marcial, 46
San Sebastian
Tel. 12072

J. Mendia
Costura
Loyola, 3-1º
Telef. 13257
San Sebastian

Goenaga Hnas.
vestidos y sombreros
Legazpi 7-1º
Telef. 13-7-84
San Sebastian

Araceli Cañada
COSTURA
Vergaza 3-1º
Telef. 13131
San Sebastian

Costura Sport

Pepita Uranga
COSTURA
Plaza del B. Pastor B. 2º
Telef. 11.472
San Sebastian

echebare hermanas
modistas
urbieta 64, pral-izq
telefono, 1-45-59
san sebastian

Gaby
sucesora de Eustachette
Manterola 9
Tel. 14.003
San Sebastian.

ALVAREZ HERMANAS.
COSTURA
telef. 1.15.07
eleana, 4 - Mezq
san sebastian

Lery
MODAS
san sebastian
urbieta, 1. Telf. 14.3.70

PUBLICIDAD: SOLRAC
ESTUDIO: Y

Fabricación de sombreros
para señoras,
caballeros y niños.



Confección sobre medida. - Especialidad en boinas,
cascos exóticos de paja, lana y fieltro.
Gran surtido de cintería.
Corbatería.

San Sebastián

Narrica, 18
Iñigo, 6 (esquina)
Teléfono, 11.701

Modas

Felicitas

Easo, 13
Teléfono, 10-6-49

San Sebastián

LYA
COSTURA

Avenida de España, 32, 1.º
Teléfono, 15461

SAN SEBASTIAN

Modas

Larrañaga

Hernani, 10
Teléfono, 1-28-38

San Sebastián

IMPERMEABLES
PARAGUAS CIRE
ABRIGOS
CHAQUETAS GAMUZA.

MARLBOROUGH

URBIETA, 6, 1.º
SAN SEBASTIAN

JUAN JOSÉ ALVAREZ

OCASION
JOYAS - MANTONES
COMPRA - VENTA

GARIBAY, 4
SAN SEBASTIAN

FABRICA DE CURTIDOS

BAREÑO y C.^a, S. L.

Especialidad en
Box-calf, Tan-calf
y suela

TELÉFONO, 70

ANZUOLA
(GUIPÚZCOA)

FABRICA DE CURTIDOS

GALARZA H.^{NOS} y ARBULU

Especialidad en
Cuero Sillero
Avellana

TELÉFONO, 246

ANZUOLA
(GUIPÚZCOA)

Talleres Amuchastegui
S. L.

Fábrica militarizada
al
servicio de España
Teléfono, 164

Placencia de las Armas
(GUIPÚZCOA)

Alberdi Hermanos
S. L.

CUCHILLERÍA FINA

Placencia de las Armas
(GUIPÚZCOA)

JUAN MARIA ARIZAGA

Fábrica de armas de fuego
Especialidad en escopetas finas de caza y tornillería

Placencia de las Armas
(GUIPÚZCOA)

Alcorta, Mendizábal y C.^{ia} S. L.

Fábrica de ballestas para automóviles
y muelles para material móvil ferroviario

Teléfono 372

Zumárraga
(Guipúzcoa)

ANUNCIE EN
LA
REVISTA "Y"

Nuestro departamento
de publicidad le dará

Orientaciones
y presupuesto

GRATUITAMENTE

para sus campañas de
publicidad en

NUESTRA
REVISTA

Talleres de Cerrajería
ARZAMENDI
BERECIBAR y C.^{ia} S. L.
Teléfono 342

MONDRAGÓN
(Guipúzcoa)

Café Malte
"Crema Alimenticia"
LÓPEZ y FRANQUELO
MÁLAGA

Tejidos - Tintorería - Estampados
Especialidad en colores sólidos

Pedro Otazua

Teléfono 42

VERGARA
(Guipúzcoa)

SUARDIAZ, BACHMAIER Y C.^a

(S. en C.)

GRAN FABRICA
DE
CERVEZAS

"LA ESTRELLA"

GIJÓN
(Asturias)

Algodonera de S. Antonio

SOCIEDAD ANÓNIMA

Hilados - Tejidos - Blanqueo - Tintorería
Estampación

Teléfono 1462

VERGARA
(Guipúzcoa)

SANCHEZ

Teléfono 11068

y TIERNO

"LA MODERNA"

GRAN FABRICA DE FIDEOS
Y PASTAS FINAS PARA SOPA

Almacén de Coloniales y Legumbres

General Primo de Rivera, 7

SAN SEBASTIAN

FABRICA DE ESTAMPADOS
DE ALGODON, LANA Y SEDA

SUBIJANA y C.^a S. en C.

Fábrica:

VILLABON (Guipúzcoa)
Teléfono 12

Despacho:

BARCELONA, Gerona, 8, 1.º
Teléfono 53427



**LA
ENGOMADORA
MODERNA**

TOLOSA

(Guipúzcoa)

BRUNET y C.^a S. en C.

FUNDADA EN 1801

BANQUEROS
Avenida de España, 18
SAN SEBASTIAN

FÁBRICA DE HILADOS Y
TEJIDOS DE ALGODÓN

ORIA - LASARTE

(Guipúzcoa)

1878 Tintorería
de
PARIS
San Sebastián

1938

De Experiencia

LOS MEJORES



EMBUTIDOS

ARAÚ

(Marca registrada)



TROBAJO DEL CAMINO
(LEÓN)

COMERCIAL
INDUSTRIAL
PALLARES (S. A.)

Ferretería - Maquinaria - Talleres para reparación
de Automóviles - Neumáticos - Lubrificantes

LEÓN

PIDA

CHOCOLATES SAN MARCOS

BOMBONES Y CAMELOS

Vda. de Casimiro Diez
LEÓN

GONZÁLEZ ROLDÁN, S. A.

Legión VII, núm. 7
LEÓN

MUEBLES

TOMÁS CORRAL

FABRICACIÓN EN GRAN SERIE

Avda. Padre Isla, 13
LEÓN

ESPECIALIDAD EN NEGRO

Tintorería ALEMANA
PRODUCTOS EXCLUSIVOS

Despacho: Cervantes, 5
Talleres: Villafranca 2 y
Ordoño, 11 - LEÓN

OLAMIA S. L.

TABLEROS
CONTRACHAPEADOS

HIJOS DE J. B. BUSCA

CULTIVOS DE MIMBRE
Filatura de Roten (junco)
Manufacturas de mimbre
— y Roten (junco) —
ZUMÁRRAGA (Guipúzcoa)

FÁBRICAS DE SIDRAS CHAMPANADAS
MARCAS VICTORIA Y ALEGRÍA

Dulces de manzana TRAGAMON
CHAMPANERA DE VILLAVICIOSA S. A.
GIJON (Asturias)

Vigas I y Formas U

Cortadas a medida

Hierros Comerciales

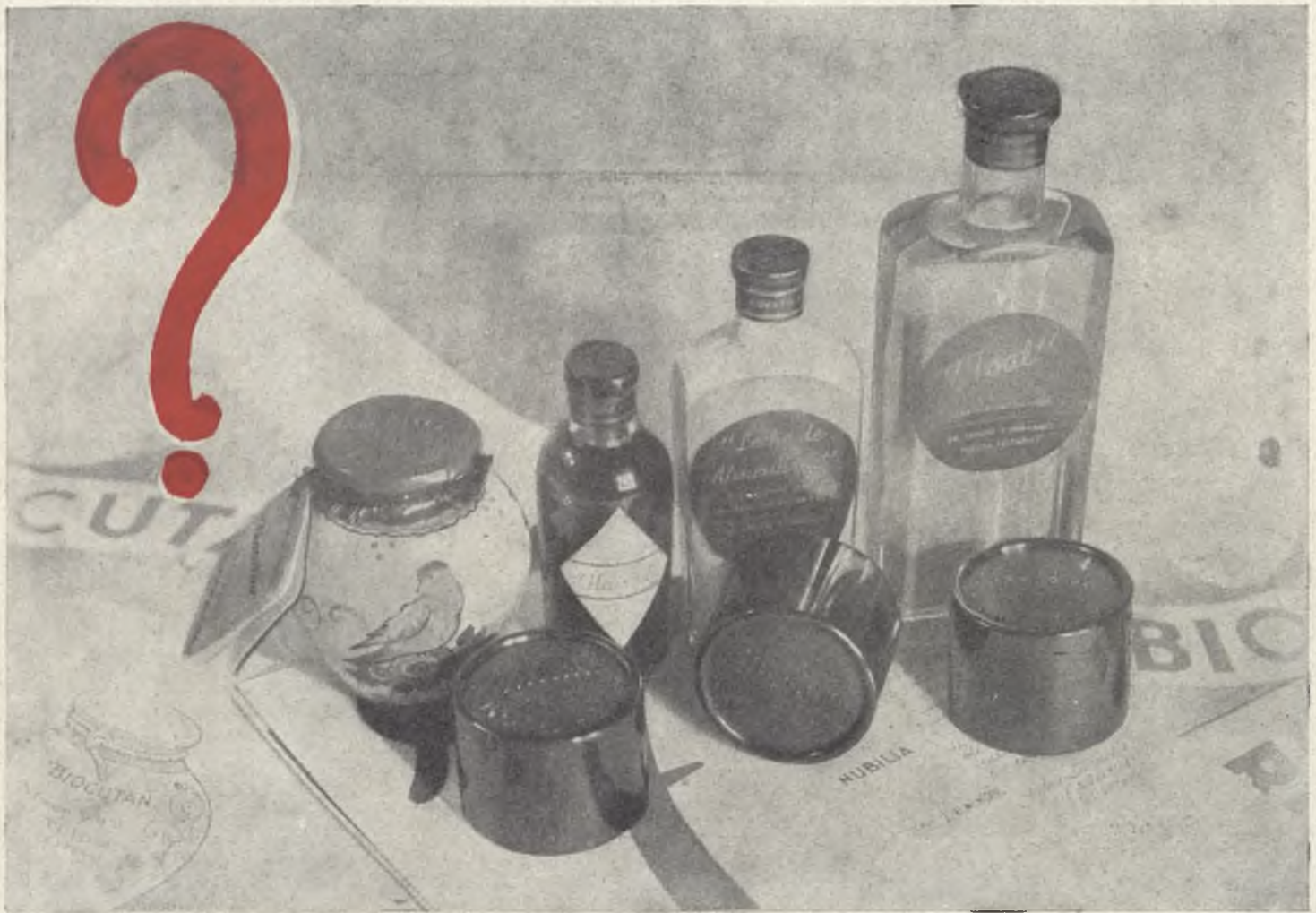
Chapas

Flejes

RAMON HERRERA

Aguirre, 32 - Teléfono 13247

BILBAO



Yo, "HESPERIN"

"la crema que detiene al Tiempo" **nutritiva** del cutis.

Se me aplica de noche, y para los cutis secos, muy extendida, sirvo para el día y base de polvos.

Yo, "MIELOVY"

Crema a base de miel y yema de huevo, **limpiadora y vitalizadora del cutis**. Limpio tan bien como el más selecto jabón, sin que nunca sea de temer con mi empleo, ninguna consecuencia desagradable. Sobre todo para los cutis **acnéicos, grasientos, e hipersensibles**, soy, realmente, irremplazable.

Yo, "NUBILIA"

"la crema invisible y presente"

Exenta, en absoluto, de grasa, soy insustituible como **Crema de día y base de polvos**. Protejo al cutis contra la acción del aire, del sol, de la humedad y de todo brusco cambio de temperatura.

Yo, "BIOCUTAN"

Mascarilla **rejuvenecedora** a base de alcanfor y yema de huevo, que realiza el, al parecer, imposible, de "transformar en actual lo pretérito".

Yo, "TOAL"

Elixir alcanforado, que, a la vez que **logro borrar del cutis GRANOS, PECAS, PUNTOS NEGROS**, etc., soy un anhidrótico (contra el sudor) eficientísimo, un buen antineurálgico y un antiséptico, que, en casos de pequeñas heridas, arañazos y picaduras de insectos, presto valiosísimos servicios.

Yo, "LECHE DE ALMENDRAS"

integrada por las más selectas del Sur de España.

Empleándome, **desaparecen las ARRUGAS, ABOLSAMIENTOS, FLACIDECES Y RAYAS** de la piel, a la que comunico una suavidad y tonalidad maravillosas.

Yo, "HAIROIL"

Aceite soluble, rico en esteroides.

Tónico **insuperable del cabello** al que limpio, embellezco y libero de las perniciosas influencias de la permanente y de los agentes físicos: aire, sol, polvo, etc.

A CADA EJEMPLAR NUESTRO, ACOMPAÑAN LAS DEBIDAS INSTRUCCIONES PARA EMPLEARNOS

Dr. Crespo y Hermano

TOLOSA (España)

J A B Ó N para prendas delicadas



B A O U E S I L
P A R A L A N A O S E D A